

PLAUTO

COMEDIAS

II

LA COMEDIA DE LA ARQUILLA - GORGOJO -
EPÍDICO - LOS DOS MENECMOS - EL MERCADER -
EL MILITAR FANFARRÓN* -
LA COMEDIA DEL FANTASMA -
EL PERSA



EDITORIAL GREDOS

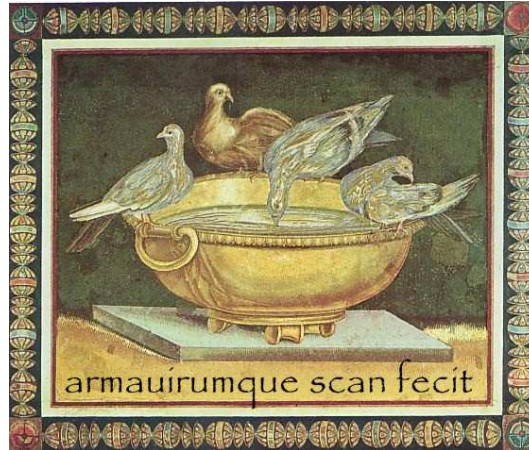
* [Aunque el libro está conformado por todas las obras señaladas, en las versiones digitales aparecerán de obra en obra.
Nota del escaneador]

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ ANTONIO ENRÍQUEZ GONZÁLEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.



Depósito Legal: M. 9221-1996.

ISBN 84-249-1497-X. Obra completa.

ISBN 84-249-1801-0. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cónдор, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.-6800.



EL MILITAR FANFARRÓN

(Miles gloriosus)

INTRODUCCIÓN

El *Miles gloriosus* es una de las comedias de más éxito de Plauto, sea cual sea su relación con el original griego, del que no se conoce más que el título, *Alazón*¹, por noticia del prólogo, y haya o no haya contaminado el poeta, cuestiones ambas tan traídas y llevadas por la crítica². Se suele atribuir el *Miles* a la primera época de la actividad del autor, a causa de su pobreza de ritmos, al igual que el *Mercator*; por una alusión al encarcelamiento del poeta Nevio (v. 211 y sigs.), habría que datar la obra hacia el 205 antes de nuestra era. Así y todo, no se puede dejar de reconocer que el *Miles* supone uno de los puntos más altos de toda la obra del poeta; es una obra plautina cien por cien, una obra en que el autor se supera a sí mismo en cuanto a efectos cómicos, una pieza que no es posible leer, y menos aún ver representada, sin reír casi continuamente a más y mejor.

El argumento no es complicado: durante una ausencia del joven ateniense Pleusicles, Pirgopolinices, un militar de Éfeso —un *Fondottiero* típico del mundo alejandrino, que al frente de tropas mercenarias ofrecía sus servicios a algún rey— consigue introducirse en casa de la amiga de Pleusicles, apoderarse de ella y llevársela a la fuerza consigo a Éfeso. Palestrión, esclavo de Pleusicles, que marcha en busca de su amo para darle cuenta de lo sucedido, es capturado por unos piratas y entregado como esclavo precisamente al militar de Éfeso. Desde allí escribe a su anterior amo, que se presenta en Éfeso, alojándose en casa de un amigo de su padre, el viejo Periplectómeno, que vive precisamente en la casa contigua a la del militar. Un pasadizo abierto secretamente en la pared medianera entre las dos casas va a ser causa de algunas complicaciones, pero no impedirá el éxito final: el guardián personal de la joven Filocomasio, Escéledro, la ha visto besarse con un desconocido en casa del vecino, pero al fin termina por creerse la historia de que se trata de una hermana gemela de Filocomasio venida de Atenas con su amigo. La próxima víctima va a ser el militar en persona. Periplectómeno, el viejo vecino, le busca a Palestrión dos jóvenes, una de las cuales se hace pasar por esposa del viejo, mientras la otra, su esclava, hará de intermediaria para llevar al militar el mensaje de su ama, perdidamente enamorada de él. El militar cae en la trampa, despidе a Filocomasio, a la que en nombre de su supuesta hermana y de su madre se presenta a recoger Pleusicles, bajo disfraz de patrón de navío, y acude a casa de Periplectómeno en busca de la que piensa va a ser su nuevo amor; en realidad le esperan allí el viejo y sus esclavos convenientemente armados, y sólo a duras penas consigue escapar al merecido castigo, mientras Filocomasio, Pleusicles y Palestrión navegan rumbo a Atenas.

Como cobertura a la pieza sirve una escena insuperable de presentación del militar en diálogo con su gorrón Artotrogo, personaje protático que no vuelve a aparecer luego en el curso de la obra. A continuación va el prólogo, en boca del esclavo Palestrión (hasta el v. 155). El militar desaparece hasta el v. 947. Todo este espacio está reservado a los diversos preparativos para cogerle en la trampa —con una especie de excursio sobre la persona del viejo Periplectómeno en los vv. 596-764—. Una vez bien delineado el plan, puede volver a aparecer el militar en escena (v. 946 hasta el final, v. 1437). Si bien el largo excursio parece salirse hasta cierto punto de lo que en sí pide el argumento de la obra, en los 500 versos finales queda el público bien compensado del intermedio:

¹ Según K. GAISER, 1959, el *Ephesios* de MENANDRO.

² Q. ZWIERLEIN, 1991, atribuye las irregularidades en la composición del *Miles* a un reelaborador negando la autenticidad de un total de 340 versos.

la comicidad de lo que sigue es tal, que ni los mismos personajes pueden contener la risa, cuánto menos, naturalmente, los espectadores —¿quizá se trata de una condescendencia del poeta con los actores, no fuera que empezaran a reír a destiempo en escena juntamente con el público?—.

El efecto cómico queda conseguido de manera total, y eso a pesar de la técnica especial de presentar la acción, que en sí va doblemente ofrecida: los personajes deliberan ante el público sobre su plan, Paestrión instruye a los otros personajes de lo que han de hacer —se trata más o menos de una narración—, y a ello sigue luego su realización en forma dramática en la ficción de la escena. Y a pesar de tales reiteraciones, es tan perfecto el juego de los recursos cómico— dramáticos, que, como se acaba de decir, ni los mismos personajes pueden contener la risa.

Las diversas figuras típicas de la comedia están aquí trazadas de manera magistral: Periplectómeno, el viejo jovial y comprensivo; Pleusicles, el joven galán, esta vez con rasgos aún más acentuados de timidez, apocado, escrupuloso, lleno de miramientos, se diría que en la luna (piénsese en su monólogo de los vv. 1284-1297, cuando aparece disfrazado de patrón de navío para recoger a Filocomasio y empieza —en momentos tan inoportunos, de tanto peligro— a discurrir sobre la calidad moral de su manera de proceder y hasta a perderse en consideraciones mitológicas... —un o de los momentos de más refinada comicidad de la pieza—, hasta que el ver a Paestrión y al militar le hace caer en la cuenta de que no es ocasión para ello). ¿Y el tipo del militar fanfarrón? En ninguna otra de las comedias plautinas en donde aparece (*Bacchides*, *Curculio*, *Poenulus*) es presentado de manera tan acabadamente cómico— grotesca como aquí. Las tres figuras femeninas —Filocomasio, la heroína de la obra, Acroteleutio y Milfidipa— tampoco se quedan atrás en su desparpajo y sus refinados procedimientos femeninos. Y en fin, el tipo del fiel esclavo, dispuesto a todo por servirle los pensamientos a su amo: Paestrión, el artífice de todo el complot para la liberación de Filocomasio, es digno colega sin duda del Crísalo de las *Bacchides*, del Tranión de la *Mostellaria* o del Pséudolo de la comedia del mismo nombre, pero quizá aquí los supera a todos en cinismo y refinada astucia, sobre todo en los afiligranados equilibrios que, al borde mismo del precipicio, se atreve a hacer en la escena de despedida, y que no pueden por menos de producir el mismo efecto de suspense que las peligrosas acrobacias de un circo.

Sólo la escena final desdice de la obra —¿por qué no la hizo el poeta transcurrir entre bastidores, como en otras ocasiones, sobre todo después de la longitud de la pieza? (cf. *Casina* 1006; *Mercator* 1007 y sigs.).

Entre los numerosos descendientes literarios del *Miles gloriosus* citemos una traducción española, de autor desconocido, publicada en Amberes en 1555: *La comedia de Plauto titulada Milite glorioso*; en Italia, una refundición del veneciano L. Dolce (1508-1548), *Il capitano*; en Francia, el capitán Matamore de *L'illusion comique* de P. Corneille; en Alemania, el *Horribilicribrifax* de Andreas Gryphius (1616-1664) o *Der grossprahlerische Offizier* de Reinold Lenz (1772), etc.

ARGUMENTO I

Un militar se lleva consigo a una cortesana de Atenas a Éfeso. El esclavo del joven amigo de la muchacha quiere darle la noticia a su amo, que estaba fuera en una misión oficial, pero es hecho cautivo durante la travesía y entregado al militar de Éfeso. Entonces consigue hacer venir a su amo de Atenas [5] a Éfeso y hace un pasadizo en la pared medianera entre las dos casas donde se alojan, para que así tengan la posibilidad de reunirse los amantes. El guardián de la joven los ve desde el tejado abrazándose en casa del vecino, pero le burlan y le engañan haciéndole creer que se trata de otra. El esclavo [10] Palestrión convence al militar de que despida a su amiga, porque la mujer del viejo de al lado se quiere casar con él. Entonces el militar le pide él mismo que se vaya y la colma de regalos. Pero lo cogen en casa del viejo, siendo castigado como adúltero.

ARGUMENTO II

Un joven ateniense y una cortesana libre de nacimiento están perdidamente enamorados. El joven marcha a Naupacto en misión oficial, y entretanto da con la cortesana un militar y se [5] la lleva a Éfeso en contra de su voluntad. El esclavo del joven ateniense se hace a la mar para dar cuenta a su amo de lo sucedido, pero es hecho cautivo en la travesía y entregado al militar. Entonces escribe una carta a su amo para que se presente en Éfeso. El joven acude a toda prisa y se aloja en casa de un amigo de su padre que está pared por medio con la del militar. [10] El esclavo hace un pasadizo en la pared medianera, para que puedan comunicarse por allí los enamorados sin que nadie se entere, y hace como que ha venido una hermana gemela de la joven. El vecino contrata a una dienta suya para que solicite al militar. El militar cae en la trampa, y, creyendo que se va a [15] casar con él, despide a su amiga, recibiendo a continuación una paliza por adúltero.

PERSONAJES

PIRGOPOLINICES, militar
ARTOTROGO, parásito de Pírgopolinices
PALESTRIÓN, esclavo
PERIPLECTÓMENO, viejo
ESCÉLEDRO, esclavo de Pírgopolinices
FILOCOMASIO, joven amigo de Pleusicles
PLEUSICLES, joven
LURCIÓN, joven esclavo
ACROTELEUTIO, cortesana
MILFIDIPA, esclava de Acroteleutio
UN JOVEN ESCLAVO CARIÓN, cocinero.

La acción transcurre en Éfeso.

ACTO I

ESCENA ÚNICA

PERGOPOLINICES, ARTOTROGO

PIR.— (*Saliendo de casa y hablando con los esclavos que están dentro.*) Más luciente que los rayos del sol en un día de cielo límpido me habéis de dejar el escudo: que, cuando llegue el caso, su brillo ciegue en medio de la batalla la vista de las filas enemigas. [5] Es que quiero consolar a mi espada, que no se lamente ni desespere de que la lleve ya tan largo tiempo sin oficio, cuando está la pobre infeliz ardiendo en deseos de hacer picadillo a los enemigos. Pero ¿dónde está Artotrogo?

[10] AR.— Aquí, a la vera del varón valeroso y afortunado, un príncipe se diría, un guerrero..., ni el dios Marte osaría nombrar ni comparar sus hazañas con las tuyas.

PIR.— ¿A quién te refieres, a ese que salvé yo en las llanuras de los Gorgojos, [15] donde era general en jefe Bumbomáquides Clitomestoridisárquides, de la prosapia de Neptuno?

AR.— Sí, sí, lo recuerdo. ¿Tú dices aquel de las armas de oro, cuyas legiones desvaneciste de un soplo, al igual que el viento las hojas o las pajas de un tejado?

PIR.— Bah, eso es cosa de nada.

[20] AR.— Cosa de nada si es que lo vas a comparar con otras hazañas que yo podría contar, (*al público*) y que no has jamás llevado a cabo; si es que alguien ha visto en toda su vida a un hombre más embustero o más fanfarrón que éste, aquí me tiene, soy todo suyo —solamente, eso sí las aceitunas esas que se comen en su casa, son de locura—.

[25] PIR.— ¿Dónde te has metido?

AR.— Aquí, aquí. Caray, o aquello del elefante en la India, cómo fuiste y de un puñetazo le partiste un brazo.

PIR.— ¿Un brazo?

AR.— Una pata quise decir.

PIR.— Pues le di así como quien no quiere la cosa.

AR.— Bueno, es que si te pones, pues entonces, que se te cuele el brazo por la piel, [30] las entrañas y la osamenta del bicho.

PIR.— Dejémonos ahora de eso.

AR.— Caray, tampoco merece la pena que me cuentes tú a mí tus hazañas, que me las sé al dedillo; (*aparte*) el estómago es el culpable de todas estas penas: los oídos tienen que sacrificarse en favor de los dientes, [35] que no les entre dentera, y no hay sino decir amén a todos sus embustes.

PIR.— Espera ¿qué es lo que iba yo a decir?

AR.— ¡Ah, ya! Sí, ya sé lo que quieres decir, sí, así fue, lo recuerdo perfectamente.

PIR.— Pero ¿el qué?

AR.— Lo que sea.

PIR.— ¿Tienes...

AR.— Las tablillas quieres, ¿verdad?, las tengo, y también un punzón.

PIR.— Es una maravilla cómo me sirves los pensamientos.

[40] AR.— Mi deber no es sino estar puntualmente al tanto de tus inclinaciones y desarrollar un olfato especial para adivinar con antelación todos tus deseos.

PIR.— Vamos a ver, ¿lo tienes aún presente?

AR.— Sí, señor: ciento cincuenta en Cilicia, cien en Escitolatronia, treinta sardos [45] y sesenta macedonios son los hombres a los que diste muerte en un solo día.

PIR.— ¿Cuántos hacen en total?

AR.— Siete mil.

PIR.— Ni más ni menos. La cuenta es exacta.

AR.— Pues no es que los tenga escritos, pero, así y todo, me acuerdo.

PIR.— Caray, tienes una memoria excelente.

AR.— Los buenos bocados me la refrescan.

[50] PIR.— Mientras no cambies de conducta, no te faltará de comer, podrás participar siempre de mi mesa.

AR.— Pues ¿y en Capadocia, donde, si no llega a ser porque la espada estaba embotada, te cargas a quinientos de un solo golpe?

PIR.— No, es que como no eran más que soldados rasos, les perdoné la vida.

[55] AR.— Nada, ¿a qué voy a venirte yo a contar lo que todo el mundo sabe, esto es, que tú, Pírgopolinices, eres un ser único en el mundo por tu valentía, tu beldad y tus hazañas? Todas las mujeres se enamoran de ti, y no sin razón, puesto que eres tan guapo; [60] como aquellas que me tiraban ayer de la capa.

PIR.— ¿Qué es lo que te decían?

AR.— Bueno, me preguntaban: «oye, ¿es Aquiles?». «Aquiles no, digo, pero es su hermano». Y entonces va la otra y dice: «pues anda, que no es guapo, y además, qué buen porte; ¡fíjate lo bien que le cae la cabellera! [65] Verdaderamente, hija, qué suerte que tienen las que se acuestan con él».

PIR.— ¿De verdad que decían eso?

AR.— ¡Pero si hasta me suplicaron las dos que te hiciera pasar hoy por allí como en un desfile!

PIR.— Verdaderamente que es una verdadera desgracia esto de ser demasiado guapo.

AR.— A ver, pero así es: no me dejan vivir, me ruegan, me asedian, [70] me suplican que las deje verte, me dicen que te lleve con ellas, de forma que no me queda tiempo para ocuparme de tus asuntos.

PIR.— Me parece que es hora de que nos acerquemos al foro, para que les pague su sueldo a los mercenarios que alisté ayer aquí, [75] que el rey Seleuco¹ me ha rogado con mucha insistencia que se los reclutara. Hoy quiero emplear el día a su servicio.

AR.— ¡Venga, vamos allá!

PIR.— ¡Vosotros, los de mi guardia, seguidme! (*Se van al foro.*)

ACTO II

ESCENA PRIMERA

PALESTRIÓN

PAL.— Distinguido público, heme aquí dispuesto a contarles el argumento de esta comedia, [80] si es que ustedes tienen la bondad de prestarme su atención. Si alguien no quiere escuchar, que se levante y se marche, para hacer sitio donde sentarse al que lo quiera. [85] Ahora os diré el argumento y el título de la comedia que vamos a representar, que es para lo que estáis aquí reunidos en este lugar de fiesta: en griego se titula la pieza *Alazón*, lo que en latín se dice *gloriosus*, o sea, fanfarrón. Esta ciudad es Éfeso; el militar este que acaba de irse ahora a la plaza es mi amo, un fanfarrón, un sinvergüenza, [90] un tipo asqueroso, que no vive sino del perjurio y del adulterio. Se empeña en que le persiguen todas las mujeres, y, en realidad, no es sino el hazmerreír de ellas por donde quiera que va. Por eso tienen aquí por lo general las golfas el morro torcido, a fuerza de burlarse de él haciéndole muecas con los labios. [95] En cuanto a un servidor, no hace mucho que me encuentro a las órdenes del susodicho militar: ahora mismo les digo cómo es que pasé a ser esclavo suyo en lugar del amo que tenía antes; prestad atención, que ahora empiezo a contar el argumento. Yo estaba en Atenas al servicio de un amo que era una bellísima persona y que estaba

¹ Entre el 312 y el 281 antes de nuestra era reinó Seleuco I en Siria; del 247 al 227, Seleuco II, y del 227 al 224, es decir, en época de Plauto, Seleuco III.

enamorado [100] de una cortesana hija de madre de Atenas del Ática², y a ella le pasaba lo mismito con él, lo cual se puede decir que es la forma ideal de amar. Mi amo fue enviado a Naupacto con un asunto oficial de gran importancia. Entretanto, se presenta el militar este en Atenas y empieza a insinuarse con la amiga de mi amo; [105] venga a camelar a la madre trayéndole vino, aderezos, buenas cosas de comer, hasta que consigue hacerse persona de confianza en casa de la señora. En cuanto que se le presentó la ocasión, [110] va y engaña a la madre de la muchacha de la que estaba enamorado, y, sin que ella se dé cuenta, coge a la hija, la embarca y la trae a la fuerza aquí a Éfeso. Cuando yo me entero de que la amiga de mi amo ha desaparecido de Atenas, cojo [115] y, lo más rápidamente que puedo, me busco un pasaje y me embarco en dirección a Naupacto para informarle de lo sucedido. Hete ahí que nos encontrábamos ya en alta mar, cuando aparecen por permisión divina unos piratas que capturan el barco en donde yo iba, o sea que encuentro mi perdición antes de encontrarme con mi dueño como era mi propósito. [120] El que me hizo cautivo me entregó como esclavo al militar este, que me lleva con él a su casa, donde al entrar me topo con la amiga ateniense de mi amo. Ella al reconocerme me hace señas con los ojos de que no le hable; [125] luego, cuando tuvimos ocasión, se me queja de sus infortunios: me dice que está deseando salir huyendo de aquella casa y volver a Atenas, que ella sigue queriendo a mi amo el de Atenas y que no hay para ella otra persona más aborrecible que el militar. Yo, que me doy cuenta de la situación en que está la muchacha, [130] cojo y escribo una carta y se la entrego en secreto a un comerciante para que se la lleve a mi amo el de Atenas, el que estaba enamorado de la chica, para que se persone aquí en Éfeso. No ha hecho él caso omiso de mi mensaje, [135] porque ha venido y se aloja aquí junto a nosotros, en casa de un antiguo amigo de su padre, un viejo que es realmente un hombre encantador; que está nada más que a servirle los pensamientos a su enamorado huésped y que nos ayuda con su colaboración y sus consejos. O sea que yo he podido organizar aquí un truco estupendo para que pudieran reunirse los enamorados [140]: en una habitación que el militar ha reservado para su amiga, donde tiene prohibido que nadie ponga los pies aparte de ella, allí en esa habitación ha hecho un boquete en la pared por donde la muchacha pueda pasar en secreto a la casa del vecino de al lado —a sabiendas del viejo, por supuesto; él ha sido quien me ha dado la idea—; [145] y es que el otro esclavo a quien el militar ha encargado la custodia de su amiga es un pobre diablo, o sea, que a fuerza de ingeniosos trucos y de bien tramados engaños le pondremos un velo delante de los ojos y conseguiremos que no haya visto lo que ha visto; [150] y después, para que no os confundáis, la misma muchacha va a hacer el papel de dos, de la que vive aquí en esta casa y de otra que va a vivir en la casa de al lado —en sí es siempre una y la misma, pero simulará ser cada vez una distinta; ésta es la forma en que vamos a pegársela a su guardián—. Pero suena la puerta del viejo, nuestro vecino: [155] es él el que sale; ése es el viejo tan saleroso que les acabo de decir ahora mismo.

ESCENA SEGUNDA

PERIPLECTÓMENO, PALESTRIÓN

PE.— (*Hablando a los de dentro de la casa.*) Como a la próxima vez no le rompáis los huesos a cualquiera de fuera de casa que veáis por el tejado, os voy a dejar los costados hechos unos zorros; es que de esta forma no son ya los vecinos testigos de todo lo que ocurre dentro de mi casa, tal como se ponen a observar desde arriba por el patio. Así que ya sabéis, tenéis orden estricta de que a cualquier persona de la casa del militar [160] que veáis en nuestro tejado, no siendo Palestrión, le echéis abajo a la calle; ni que diga que es que está buscando una gallina o una paloma o un mono, os jugáis la vida si no le dais de palos hasta dejarle fuera de combate. Y además, para que no se salten la ley esa en contra del juego de las tabas³, ya sabéis, les hacéis migas las propias [165] y

² Texto inseguro.

³ Sobre la prohibición de los juegos de azar, cf. CICERÓN, *Phil.* I 56; *de alea condemnatum*; HORACIO, *Carm.* 24,

veréis cómo no vuelven a ponerse a la mesa con ellas⁴.

PA.— Por lo que oigo, alguno de los nuestros debe de haber hecho una mala pasada, que da el señor aquí orden de romperles las tabas a mis colegas; bah, a mí me ha dejado fuera de cuenta, tanto me da lo que haga con los otros. Voy a hablarle.

PE.— ¿No es ése Palestrión?

PA.— ¿Qué hay Periplectómeno?

[170] PE.— Si me dieran a elegir, no habría muchas personas a quienes viera ahora con más gusto que a ti.

PA.— ¿Qué es lo que pasa?, ¿qué jaleo es ese que te traes ahí con nuestros esclavos?

PE.— Muertos somos.

PA.— Pero ¿qué es lo que ocurre?

PE.— Todo se ha descubierto.

PA.— ¿Qué es todo?

PE.— Ahora mismo ha estado quien sea de los vuestros [175] desde el tejado viendo por el patio a Filocomasio aquí en casa besándose con mi huésped.

PA.— ¿Quién es el que lo ha visto?

PE.— Uno de tus compañeros.

PA.— ¿Cuál de ellos?

PE.— Pues no lo sé, porque salió corriendo de pronto.

PA.— Barrunto que estoy perdido.

PE.— Cuando ya se iba, le grito: «eh, tú, qué es lo que haces ahí en el tejado», digo; «buscando un mono», me contestó mientras se iba.

[180] PA.— ¡Ay, desgraciado de mí, que me voy a buscar mi ruina por culpa de un bicho tan asqueroso! Pero ¿Filocomasio está ahí todavía en tu casa?

PE.— Cuando salí, sí que estaba.

PA.— Pues haz el favor de ir y decirle que se pase a nuestra casa lo más rápidamente posible, para que la vean allí mis compañeros, si no es que pretende que nos den a todos a la horca por camarada a causa de sus amoríos.

[185] PE.— Eso ya se lo he dicho yo; si no quieres otra cosa...

[185^a] PA.— Sí que quiero, dile también que no se olvide un punto de que es una mujer y se mantenga en el ejercicio de las artes y los procedimientos femeninos.

PE.— ¿Qué es lo que quieres decir?

PA.— Quiero decir que consiga convencer al esclavo que la ha visto ahí de que no la ha visto; así haya sido vista cien veces ahí, a pesar de todo, que lo niegue; boca tiene, una buena lengua, alevosía, malicia y arrojío, decisión, tenacidad, falacia; [189^a] que haga frente y venza con sus juramentos a quien la acuse; [190] no le falte capacidad para echar mentiras, para inventar falsedades, falsos juramentos, mañas tiene, capacidad de seducir, de engañar, que una mujer que tenga asomos de malicia no tiene que andar rogando a proveedor ninguno: en casa tiene un huerto con todas las hierbas y los condimentos necesarios para toda clase de malas artes.

[195] PE.— Yo se lo diré, si es que está aquí. Pero ¿qué es eso a lo que andas ahí dándole vueltas en tu magín, Palestrión?

PA.— Calla un momento, mientras que hago recuento de mis ideas y reflexiono sobre el camino a seguir y delibero con qué mañas le salgo al paso al mañoso del colega ese que la ha visto ahí besándose, hasta conseguir que no haya visto lo que ha visto.

[200] PE.— Hala, yo entretanto me retiro aquí a esta parte. Fíjate, cómo está ahí con la frente fruncida, venga a cavilar, venga a discurrir; se golpea el pecho con los dedos —pues a ver si va a hacer salir al corazón a abrirle la puerta—; ahora se vuelve para el otro lado; la mano izquierda la apoya en la pierna izquierda, con la mano derecha echa cuentas con los dedos, dándose en el muslo

58; *venta legibus ales*; OVIDIO, *Trist. I 472, hoc est ad nostros non leve crimen avos*; según SÜETONIO, Augusto, en cambio, no tenía reparo alguno en distraerse con esta clase de juegos (*Aug. 71*).

⁴ Cf. nota a *Curculio* 354.

derecho. [205] Menudos golpes se pega, parece que le vienen con dificultad las ideas; hace chasquear los dedos: las está pasando negras: no hace más que cambiar de postura; mira, ahora meneas la cabeza, seguro que es que no le gusta lo que se le ha ocurrido; sea lo que sea, veo que no nos lo va a servir a medio hacer, sino bien en su punto. Y ahora se pone a hacer de albañil: pone el brazo como si fuera una columna debajo de la barbilla [210] —quita, quita, esa construcción no me gusta, que he sabido que hay un poeta romano⁵ en la misma postura, custodiado día y noche por un par de guardianes—. ¡Bravo, qué postura ahora tan salerosa, como un verdadero esclavo de comedia! Éste no para hoy hasta no acabar con lo que se trae entre manos. [215] Ya lo tiene, creo. ¡Manos a la obra! ¡Alerta, no te duermas, a no ser que prefieras velar a fuerza de palos y de cardenales! A ti te digo⁶, Palestrión, no duermas, digo, despiértate, digo, que es de día, digo.

PA.— Te oigo.

PE.— ¿No te das cuenta de que tienes el enemigo encima y que te asedia por la espalda? [220] Toma una decisión, coge refuerzos, y además deprisa, no es hora de andarse con calmas; anticipáte por otro camino, busca algún rodeo oculto para llevar al ejército, apremia con tu asedio al enemigo, procura ayuda para los nuestros, corta las provisiones a los contrarios y asegúrate [225] tú un camino por donde puedan llegar sin peligro víveres y provisiones a ti y a los tuyos: manos a la obra, la cosa urge; inventa, imagina; venga, deprisa, una artimaña para que no se haya visto lo que se ha visto, para que no haya pasado lo que ha pasado. Grande es la empresa que acomete este hombre, grandes las fortificaciones que construye. Palestrión, si es que te comprometes a tomar la cosa en tus manos, [230] entonces podemos estar seguros de la derrota de nuestros enemigos.

PA.— Me comprometo, acepto la dirección de la empresa.

PE.— Y yo te aseguro que conseguirás tus fines.

PA.— ¡Júpiter te bendiga!

PE.— ¿No quieres hacerme partícipe de tus planes?

PA.— Calla mientras que te introduzco en el terreno de mis estratagemas, para que sepas lo mismo que yo mis propósitos.

PE.— No recibirás daño alguno de ello.

[235] PA.— Mi amo el militar más que su propia piel tiene la de un elefante y no más caletre que un adoquín.

PE.— Lo sé.

PA.— El plan que tengo, el engaño que quiero poner en práctica es el de decir que ha venido de Atenas con un amigo suyo la hermana gemela de Filocomasio, y que las dos jóvenes [240] son tan parecidas entre sí como dos gotas de agua; diré que están alojados en tu casa.

PE.— ¡Bravo, bravo, estupendo, me parece una idea magnífica!

PA.— De modo que, si mi camarada la acusa al militar de haberla visto ahí besándose con otro, [245] yo le convengo de que es a la hermana a quien ha visto besarse y abrazarse con su amigo en tu casa.

PE.— ¡Chico, fantástico! Yo también diré lo mismo si me pregunta el militar.

PA.— Pero tú di que es que son parecidísimas, y además hay que avisárselo a Filocomasio para que lo sepa y no ande titubeando si el militar le pregunta algo.

PE.— ¡Qué engaño tan bien pensado! Pero si el militar quiere verlas a las dos al mismo tiempo, [250] ¿qué hacemos entonces?

PA.— Muy fácil, se pueden dar cientos de pretextos: no está en casa, ha salido de paseo, está durmiendo, se está arreglando, está en el baño, está comiendo o bebiendo; está ocupada, no tiene tiempo, ahora no es posible. El caso es darle largas al asunto, supuesto que consigamos de buenas a primeras hacerle creer que son verdad todas las mentiras que se le echen.

[255] PE.— De acuerdo.

PA.— Entra en casa, pues, y, si está allí Filocomasio, dile que se pase en seguida aquí a la nuestra; cuéntale todo esto, no dejes de avisarla y de advertirla que se quede bien con el plan este

⁵ Nevio, encarcelado por los ultrajes proferidos en sus obras contra personajes de la nobleza romana.

⁶ Sigue un texto ininteligible, que ha sido corregido por los críticos de muy diversas maneras.

que hemos urdido de la hermana gemela.

PE.— Verás qué bien sé dejártela bien instruida. ¿Algo más?

PA.— Que te metas en casa.

PE.— Ahora mismo. (*Entra.*)

[260] PA.— Yo también me voy a casa, a ver si con mucho disimulo puedo averiguar quién de mis compañeros ha sido el que ha ido a buscar al mono ese, que me figuro yo que no es posible que, sea quien sea, hablando con alguno de los de casa, no le haya dicho lo de la amiga del amo, que la ha visto aquí en la [265] casa de al lado besándose con otro joven, que yo me sé muy bien eso de que «lo que yo solo me sé, callármelo no podré». Si consigo dar con el que la vio, contra él dirigiré todas mis máquinas de guerra; todo está a punto: al asalto y a hacerme con él por la fuerza de mi brazo. Si no consigue localizarle, entonces iré olfateando como un perro de caza hasta dar con las huellas del zorro. [270] Pero suena nuestra puerta, me callo, que es el guardián de Filocomasio, mi compañero, el que sale.

ESCENA TERCERA

ESCÉLEDRO, PALESTRIÓN

ES.— (*Saliendo de la casa del militar*) Como no sea que haya ido andando en sueños por el tejado, diablos, tengo por cierto haver visto a Filocomasio, la amiga del amo, buscarse su perdición aquí en casa del vecino de al lado.

[275] PA.— (*Aparte.*) Éste es el que la ha visto besarse, según lo que oigo.

ES.— ¿Quién vive?

PA.— Uno de tus compañeros: ¿qué hay, Escéledro?

ES.— Me alegro de encontrarme precisamente contigo, Palestrión.

PA.— ¿Por qué?, ¿qué es lo que pasa? A ver, dime.

ES.— Mucho me temo...

PA.— ¿El qué?

ES.— ... que peguemos un buen salto a la peor de las horcas todos y cada uno de los habitantes de la casa.

[280] PA.— Salta tú solo, que yo no tengo el menor interés en saltos ni brincos de ese género.

ES.— ¿Es que no sabes tú la última novedad ocurrida?

PA.— ¿Qué es lo que ha ocurrido?

ES.— Una desvergüenza.

PA.— Entonces quédate con ello, no me lo digas, que no lo quiero saber.

ES.— Pues te lo he de decir; resulta que fui a buscar hoy a nuestro mono por el tejado de aquí del vecino.

[285] PA.— Verdaderamente, Escéledro, tal para cual: ¡mira que ir tras un bicho tan asqueroso!

ES.— ¡Los dioses te confundan!

PA. A ti, a ti, quiero decir, te toca la vez de seguir con tu cuento.

ES.— Resulta que me da por mirar así, por casualidad, al patio del vecino, y veo allí a Filocomasio besándose con quien sea.

PA.— ¡Pero Escéledro, que me dan escalofríos!⁷

[290] ES.— Pues de verdad que lo vi.

PA.— ¿Tú mismo?

ES.— Yo mismo con mis propios ojos.

PA.— Vamos anda, eso es una cosa muy inverosímil, no es posible que lo hayas visto.

ES.— ¿Es que crees tú que soy cegato?

⁷ En el texto latino, el juego de palabras es entre *scelus* y *Sceledrus*.

PA.— Eso pregúntaselo mejor a un médico. Pero yo que tú, de no estar dejado de la mano de los dioses, tendría buen cuidado de no decir una palabra de esa historia; no harías más que exponerte a perder la cabeza y todos tus huesos; [295] doblemente buscas tu perdición si te empeñas en extender tales cuentos.

ES.— ¿Por qué doblemente?

PA.— La cosa no tiene vuelta de hoja: en primer lugar, caso de que levantes una calumnia a Filocomasio, motivo más que suficiente para perecer; y luego, si es que tu acusación es cierta, otro tanto de lo mismo, por ser tú precisamente su guardaespaldas.

ES.— De lo que va a ser de mí, de eso yo no sé nada, pero que he visto lo que he visto, eso sí que lo sé de cierto.

[300] PA.— ¿Te empeñas, desgraciado?

ES.— ¿Qué quieres que te diga, sino lo que he visto?; y además, ahora está ella ahí en casa del vecino.

PA.— Oye, pero ¿es que no está en casa?

ES.— Entra tú mismo y míralo, yo ya no exijo que se me crea nada.

PA.— Y tanto que voy a mirarlo.

ES.— Yo te espero aquí; y de paso estaré al acecho a ver cuándo se recoge la ternera del pasto a su establo. [305] (*Palestrión entra en casa del militar.*) No sé qué hacer; el militar me ha encargado su vigilancia: si la descubro, estoy perdido, pero estoy también igualmente perdido si me callo y luego resulta que viene a descubrirse el caso. No hay nada peor ni más descarado que una mujer. Mientras que yo ando por el tejado, [310] coge ella y sale de su habitación; por favor, qué atrevimiento; si se entera el militar, te juro que va a mandar a la horca a toda la casa, inclusive un servidor. Diablos, sea como sea, preferible es cerrar el pico que jugarme el pellejo; yo no puedo guardar a una persona si es ella misma la que se vende.

PA.— (*Saliendo de casa del militar.*) ¡Escéledro, Escéledro!, ¿hay en todo el mundo otro caradura más grande que tú?, ¿alguien que haya nacido con un sino más avieso?

ES.— ¿Qué pasa?

[315] PA.— ¿Por qué no te haces sacar unos ojos con los que ves cosas que no existen en parte alguna?

ES.— ¿Cómo en parte alguna?

PA.— Desde luego, yo no daría por tu vida ni un higo pocho.

ES.— Pero ¿qué es lo que pasa?

PA.— ¿Que qué pasa, preguntas?

ES.— Pero ¿por qué no lo voy a preguntar?

PA.— ¿Por qué no te mandas cortar esa lengua tan larga?

ES.— Pero ¿por qué me la voy a mandar cortar?

[320] PA.— Filocomasio está en casa y tú decías que la habías visto en casa del vecino besándose y abrazándose con otro.

ES.— Me extraña que comas cizaña estando el trigo tan barato.

PA.— ¿Por qué?

ES.— Porque estás cegato⁸.

PA.— Bribón, te juro que tú no es cegato lo que estás, sino ciego del todo: la joven está en casa.

ES.— ¿Cómo, en casa?

PA.— En casa, sí, señor, en casa.

Es. — ¡Vamos anda, Palestrión, estás jugando conmigo!

[325] PA.— Entonces tengo que tener las manos embadurnadas.

ES.— ¿Por qué?

PA.— Por estar jugando con basura.

ES.— ¡Ay de ti!

⁸ La ingestión de cizaña pasaba por hacer daño a los ojos: cf. OVIDIO, *Fast.* I 691, *careant loliis oculos vitiantibus agri.*

PA.— De ti sí que sí, Escéledro, a no ser que cambies de ojos y de dichos. Pero ha sonado nuestra puerta.

ES.— Pues yo me pongo ahí de guardia a la puerta (*en casa de Periplectómeno*), porque ella no tiene otra posibilidad de pasar de allí aquí si no es directamente por esa puerta.

[330] PA.— ¡Pero si está en casa! Verdaderamente, Escéledro, yo no acierto con qué es lo que te trae a tan mal traer⁹.

ES.— Yo sé lo que me veo y lo que me sé: a mí mismo me doy en primer lugar crédito; nadie en este mundo podrá sacarme de que la joven está aquí en esta casa; aquí me planto a la puerta para que no se me escurra y se me pase a la otra sin yo darme cuenta.

PA.— (*Aparte.*) Ya lo tengo, verás cómo consigo echarle de sus trincheras. [335] ¿Quieres que te convenza de que no ves más que fantasmagorías?

ES.— Venga, hale.

PA.— ¿Y de que no tienes dos dedos de frente ni ojos en la cara?

ES.— De acuerdo.

PA.— ¿Tú dices entonces que la amiga del amo está ahí en esa casa?

ES.— Además declaro que la he visto ahí dentro besándose con otro hombre.

PA.— ¿Sabes tú que no hay comunicación ninguna de esa casa a la nuestra.

ES.— Sí que lo sé.

[340] PA.— ¿Ni terraza ni jardín, como no sea encaramándose por el tejado al patio interior?

ES.— Sí que lo sé.

PA.— Y ahora, qué; si resulta que la joven está en casa, si consigo que la veas salir de aquí de casa, ¿te mereces entonces una buena ración de palos, sí o no?

ES.— Sí que me la merezco.

PA.— A ver, ponte entonces ahí de centinela en esa puerta (*de la casa de Periplectómeno*), no sea que se te escurra a escondidas y se pase para acá sin que te des cuenta.

ES.— Ése es mi propósito.

PA.— Ahora mismo te la pongo aquí de patitas en la calle.

[345] ES.— ¡Venga ya, anda! (*Palestrión entra en casa del militar.*) Estoy pero que deseandito saber si es que he visto lo que he visto o si va a salirse ése con la suya, como dice, de que está la joven en casa. Hombre, yo tengo ojos en la cara y no necesito los de nadie. No, es que éste le anda siempre a su alrededor, es su preferido, el primero que llaman para comer, el primero que le sirven la carne; [350] pues no lleva con nosotros más que unos tres años y a ningún otro de los esclavos le va mejor que a él en la casa. Pero yo ahora a lo mío, a guardar aquí la puerta esta; aquí delante me planto. Te juro que al menos por aquí no van a dárme las.

ESCENA CUARTA

PALESTRIÓN, FILOCOMASIO, ESCÉLEDRO

PA.— (*Saliendo con Filocomasio de casa del militar*) Que no te olvides de mis instrucciones.

FI.— Me asombro de que me lo repitas tantas veces.

[355] PA.— Es que me temo que no te des bastante maña.

FI.— Dame si quieres hasta diez inocentonas, y te las dejaré pero que bien amañadas de lo que a mí sola me sobra. Venga, adelante con tu plan. Yo me pongo ahí un poco más retirada.

PA.— ¡Tú, Escéledro!

ES.— (*Con los brazos extendidos delante de la puerta de Periplectómeno.*) Yo, aquí a lo mío; pero oídos tengo, habla lo que quieras.

PA.— Me hace a mí el efecto que de la misma forma que [360] estás ahí de plantón vas a acabar tus días a las afueras con los brazos extendidos, cuando te cuelguen.

⁹ En el texto latino hay de nuevo un juego de palabras entre *scelus* y *Sceledrus*, como en el v. 289.

ES.— Pero ¿por qué?

PA.— Vuélvete un momento y mira para allá: ¿quién es esa joven?

ES.— ¡Dioses inmortales!

PA.— Eso mismo creo yo; anda ahora, cuando gustes...

ES.— ¿El qué?

PA.— Disponte a terminar tus días.

ES.— ¿Dónde está ese esclavo modelo que, siendo yo inocente, [365] me acusa en falso de la mayor de las ignominias?

PA.— ¡Ahí lo tienes! Éste es el que me ha dicho lo que te he dicho.

FI.— Malvado, ¿dices que me has visto besándome en casa del vecino?

PA.— Y además ha dicho que con un joven extraño.

ES.— Sí que lo he dicho, maldición.

FI.— ¿Que tú me has visto?

ES.— Y con mis propios ojos.

FI.— Me parece que te vas a quedar sin ellos, por ver más de lo que ven.

[370] ES.— Nunca jamás me podrá sacar nadie de que he visto lo que he visto, demonios.

FI.— Tonta y necia de mí, hablar con este loco: yo te aseguro que te va a costar la cabeza.

ES.— Despacio con esas amenazas, joven; bien me sé yo que la horca va a ser mi sepulcro; allí descansa toda mi parentela, mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y mi tatarabuelo. Todas tus amenazas no conseguirán arrancarme los ojos de la cara. [375] Pero tú, Palestrión, escúchame un momento: por favor, ¿de dónde sale ésta ahora aquí?

PA.— ¿De dónde sino de casa?

ES.— ¿De casa?

PA.— ¿No te fías de mí?

ES.— Sí que me fío. De verdad que es una cosa asombrosa que haya podido pasar de allí aquí; porque, desde luego, nosotros no tenemos ni terraza ni jardín ni ventana más que con reja; y yo, por lo que a mí toca, afirmo que la he visto ahí dentro.

[380] PA.— ¿Insistes, malvado, en seguir acusándola?

FI.— ¡Ay, qué verdadero ha sido el sueño que he tenido esta noche!

PA.— ¿Qué es lo que has soñado?

FI.— Yo te lo diré: pero atended bien, por favor. He visto esta noche en sueños a mi hermana gemela que había venido de Atenas a Éfeso con un amigo suyo; [385] y los dos se alojaban aquí en la casa de al lado.

PA.— (*Aparte.*) Cuenta lo que ha soñado un servidor. A ver, sigue.

FI.— Yo me ponía muy contenta de que hubiera venido mi hermana, pero soñaba también que se hacían caer sobre mí las peores sospechas, porque me parecía en sueños que uno de Mis esclavos me acusaba de que me había estado besando con otro [390] muchacho, así como tú dices, cuando era mi hermana gemela la que se había besado con su amigo; una tal calumnia he soñado que se me levantaba.

PA.— Pues mira, te está pasando ahora despierta lo mismo que dices que has visto dormida. ¡Ja, qué sueño más verídico! ¡Entra en casa, haz una oración!¹⁰. [395] Yo creo que hay que darle cuenta de esto al militar.

FI.— Y tanto que estoy dispuesta a hacerlo; ni voy a consentir que se me acuse en falso impunemente de un delito no cometido, (*Entra en casa del militar*)

ES.— Me temo haber metido la pata, según el escozor que siento por toda la espalda.

PA.— ¿Te das cuenta ahora de que estás perdido?

ES.— Ahora, desde luego, es cosa segura que está en casa. Aquí me planto de centinela a la puerta, esté donde esté.

[400] PA.— Pero bueno, Escéledro, ¡hay que ver qué sueño tan exacto eso que tú sospechabas

¹⁰ Era costumbre invocar a los dioses después de haber tenido un sueño, implorando su auxilio (cf. *Anphitruo* 738 ss., *Curculio* 270 ss.).

de que la habías visto besándose!

ES.— Yo ya no sé el crédito que me puedo dar a mí mismo, después que me parece no haber visto lo que creo haber visto.

PA.— Me parece que te pones en razón un poco demasiado tarde; si la cosa llega a oídos del amo, bonita la que te vas a ganar.

ES.— Ahora, al fin, caigo en la cuenta de que se me puso [405] una nube delante de los ojos.

PA.— Pues sí que no hace rato que está la cosa clara, después que ella lleva todo el tiempo ahí dentro en casa.

ES.— Yo ya no sé qué decir: la vi, pero no la vi.

PA.— Anda, caramba, que por poco nos pierdes a todos por una necesidad así; por querer dártelas de tan fiel con el amo, casi te buscas tu ruina. [410] Pero suena la puerta del vecino. Me callo la boca.

ESCENA QUINTA

FILOCOMASIO, ESCÉLEDRO, PALESTRIÓN

FI.— (*Saliendo de casa de Periplectómeno; a una esclava.*) Pon fuego en el altar, para que gozosa le tribute alabanzas y acciones de gracias a la Diana de Éfeso y la incense con el embriagante perfume de la Arabia por haberme guardado en los dominios de Neptuno y en sus turbulentas regiones, donde he sido tan duramente combatida por las furiosas olas.

[415] ES.— ¡Oh, Palestrión, Palestrión!

PA.— ¡Oh, Escéledro, Escéledro!, ¿qué quieres'?

ES.— Esa joven que acaba ahora de salir de ahí ¿es Filocomasio, la amiga del amo, o no lo es?

PA.— Te juro que yo tengo la impresión de que parece ella, pero es sorprendente que haya podido pasar de aquí allí, si es que realmente lo es.

ES.— Pero ¿tienes tú dudas de si es ella?

PA.— Parece ella.

[420] ES.— Vamos a acercarnos y a hablarle: ¡eh tú, Filocomasio!, ¿qué es lo que se te ha perdido en esa casa, qué buscas ahí? ¿Por qué no me contestas? Es contigo con quien hablo.

PA.— Caramba, me parece más bien que es contigo mismo con quien hablas, porque lo que es ella, no dice ni pío.

ES.— A ti te digo, malvada, infame, que andas ahí vagando por las casas de los vecinos.

FI.— ¿Con quién estás hablando?

[425] ES.— ¿Con quién sino contigo?

FI.— ¿Y quién eres tú o qué tienes que ver conmigo?

ES.— Oye, ¿me preguntas quién soy?

FI.— ¿Y por qué no te voy a preguntar lo que no sé?

PA.— A ver: ¿quién soy entonces yo, si no conoces a éste?

FI.— Un antipático, seas quien seas, lo mismo que el otro.

ES.— ¿Pero es que no nos conoces?

FI.— A ninguno de los dos.

ES.— Estoy aterrado.

PA.— ¿De qué?

ES.— De que no sea que nos hayamos extraviado donde sea, [430] porque ésta dice que no nos conoce ni a ti ni a mí.

PA.— Yo quiero certificarme ahora mismo, Escéledro, de si es que somos nosotros o no lo somos, no sea que alguno de los vecinos nos hayan metamorfoseado sin darnos cuenta.

ES.— Por lo menos yo soy yo mismo.

PA.— Y yo también, demonio; chica, te estás buscando tu perdición. ¡A ti te digo, eh, tú, Filocomasio!

[435] FI.— Pero ¿qué clase de locura es esa de llamarme con un nombre falso y tan complicado?

PA.— ¡Oye!, pues ¿cómo te llamas entonces?

FI.— Justa.

ES.— Haces mal, Filocomasio, te empeñas en tener un nombre que no te va: Injusta eres y no Justa, y estás cometiendo una injusticia con mi amo.

FI.— ¿Quién, yo?

ES.— Sí, tú.

[440] FI.— ¿Yo, que he llegado ayer de Atenas a Éfeso con mi amigo, un muchacho ateniense?

PA.— A ver: ¿y a qué es a lo que vienes a Éfeso?

FI.— Me han dicho que mi hermana gemela está aquí y he venido a buscarla.

ES.— Eres una bribona.

FI.— Mejor diría yo una necia, por estar aquí charlando con vosotros. Me marchó.

ES.— ¡No te irás!

FI.— Suéltame.

[445] ES.— Te hemos cogido *in fraganti*, no te suelto.

FI.— Pues voy a hacer sonar mis manos, y además en tus mejillas, si no me sueltas.

ES.— (A *Palestrión*.) ¿Qué haces ahí como un pasmarote, maldición, por qué no la coges por el otro lado?

PA.— No tengo interés ninguno en meter en líos a mis costillas. ¿Qué sé yo si no es Filocomasio, sino una que se le parece mucho?

FI.— ¿Me sueltas o no me sueltas?

ES.— ¿Soltarte yo? Todo lo contrario: a la fuerza y contra tu voluntad [450] y quieras que no, te meteré en casa si es que no vas de grado.

FI.— Yo no estoy aquí más que de paso, yo vivo en Atenas del Ática: yo no tengo nada que ver con esa casa, ni os conozco a vosotros, ni sé quién diablos sois.

ES.— Denúnciame si quieres; yo no te soltaré antes de que me des la firme promesa de que entras en casa si te suelto.

[455] FI.— Quienquiera que seas, me obligas por la fuerza; yo te doy promesa de que, si me sueltas, entraré donde me ordenes.

ES.— ¡Hale, ya estás suelta!

FI.— Y ahora que lo estoy, ¡ahí te quedas! (*Se va a casa de Periplectómeno*.)

ES.— Eso es lo que vale la palabra de una mujer.

PA.— Escéledro, te has dejado escapar la presa. Es segurísimo la amiga del amo. ¿Quieres hacer ahora mismo una cosa?

ES.— ¿El qué?

PA.— Tráeme una espada.

ES.— Pero ¿qué quieres hacer con una espada?

[460] PA.— Voy y me cuelo de rondón en la casa: al primero que vea allí besándose con Filocomasio, cojo y le degüello.

ES.— Pero ¿es que tú crees que es ella?

PA.— No es que lo crea, es que estoy seguro de que lo es.

ES.— Pues hay que ver cómo disimulaba.

PA.— Venga, tráeme la espada.

ES.— Ahora mismo. (*Entra en casa del militar*)

PA.— Una cosa es segura: no hay soldado ni de infantería ni de caballería que tenga tanto arrojío como para poder moverse [465] con tanta seguridad como una mujer. ¡Hay que ver la maestría con que ha sabido hacer su doble papel, qué manera de reírse en las mismas barbas de su avisado guardaespaldas, mi colega!. Es estupendo lo del pasadizo ese abierto en la pared.

ES.— (*Saliendo de casa del militar*) Eh, tú, *Palestrión*, te puedes ahorrar eso de la espada.

PA.— ¿Por qué, qué es lo que pasa?

[470] ES.— La amiga del amo está en casa.

PA.— ¿Cómo, en casa?

ES.— Echada en su cama.

PA.— Escéledro, verdaderamente te juro que, si es como dices, te la has cargado.

ES.— ¿Por qué?

PA.— Por haberte atrevido a poner tus manos en la chica esta de la casa del vecino.

ES.— Te juro que estoy de verdad temblando.

PA.— Desde luego, no habrá quien me convenza de que no sea la hermana gemela de Filocomasio: ella es, seguro, la que tú habías visto ahí besándose.

[475] ES.— A la vista está que es ella, como tú dices; verdaderamente que he estado a punto de dañarla si se lo llego a decir al amo.

PA.— O sea que, si tienes dos dedos de frente, punto en boca; un esclavo debe saber más de lo que habla. Te dejo, que no quiero cuentas contigo; me voy aquí a casa del vecino, no me gustan los líos que armas. [480] Si viene el amo y pregunta por mí, allí estoy; vas y me llamas.

ESCENA SEXTA

ESCÉLEDRO, PERIPLECTÓMENO

ES.— ¡Pues no que coge éste y se larga sin ocuparse para nada de las cosas del amo, tal y como si no fuera su esclavo! La otra está, desde luego, ahora aquí dentro en casa, porque acabo yo de verla hace nada allí echada. [485] Yo me pongo aquí ahora de centinela.

PE.— (*Saliendo de su casa y hablando como si no viera a Escéledro.*) Bueno, esta gente me toma por una mujer, y no por un hombre; los esclavos de mi vecino el militar, qué manera de burlarse de mí; [490] ¡mira que haberle puesto mano en contra de su voluntad y haberle querido tomar el pelo aquí a mi huésped, una joven libre y libre de nacimiento, que vino ayer de Atenas con un amigo mío!

ES.— ¡Muerto soy, éste viene derecho a mí! Me temo que este asunto me va a traer muy malas consecuencias, según lo que le oigo decir al viejo.

[495] PE.— Voy a hablarle: ¿has sido tú, Escéledro, quien ha estado ahora mismo tomando a chungu aquí a la puerta de la casa a mi huésped?

ES.— Vecino, escúchame, por favor.

PE.— ¿Que te escuche encima?

ES.— Es que quiero disculparme.

PE.— ¿Que tú me vas a venir con disculpas, después de haber cometido tamaña fechoría, una indignidad tal? ¿Acaso por ser soldados [500] os creéis que os está permitido hacer todo lo que os dé la gana, granuja, más que granuja?

ES.— ¿Me permites?

PE.— (*Sigue hablando sin hacerle caso.*) Te juro por todos los dioses, por las diosas todas, que si no se me da una satisfacción moliéndote a palos desde la mañana hasta la noche por haberme roto mis canalones [505] y partido mis tejas mientras perseguías a ese mono que hace tan buena pareja contigo, y por haber estado curioseando a mi huésped en casa cuando abrazaba y besaba a su amiga y por haberte atrevido a calumniar a la amiga de tu amo a pesar de su inocencia y a acusarme a mí de la mayor de las ignominias, [510] y por haber zarandeado a mi huésped aquí a la puerta de mi casa; te juro, digo, que si no se me da una satisfacción a base de los palos que mereces, voy a dejar caer sobre tu amo una mayor descarga de oprobio que olas levanta un huracán en el mar.

ES.— Periplectómeno, estoy en tal forma acorralado, que no sé si debo pedirte primero cuentas a ti..., [515] o, en el caso de que ésa no sea ésta ni ésta ésa, entonces creo que más vale que te pida disculpas por todo este asunto. Pero es que tampoco sé todavía bien qué es lo que he visto; tan parecida es esa tuya a la nuestra..., [520] si es que no es la misma.

PE.— ¡Entra en mi casa a verlo y lo sabrás!

ES.— Con permiso.

PE.— ¡Qué con permiso! Es que te lo mando que entres; y entérate de todo con calma.

ES.— Así lo haré. (*Se dirige a la puerta de la casa de Periplectómeno.*)

PE.— (*Hablando a la puerta de la casa del militar*) ¡Eh, tú, Filocomasio, pásate a toda prisa a mi casa, la cosa urge! [525] Luego, cuando haya salido Escéledro, te vas otra vez corriendo a la vuestra. A ver si va a armar ahora éste algún lío: como no la vea Escéledro ahora allí... pero se abre la puerta.

ES.— (*Saliendo de casa de Periplectómeno.*) [529-530] ¡Dioses inmortales, misericordia! Imposible hacer una mujer más parecida y más la misma sin ser la misma; ni siquiera los dioses serían capaces.

PE.— Y ahora ¿qué?

ES.— Me merezco una paliza.

PE.— ¿Qué, es ella?

ES.— Lo es, pero no lo es.

PE.— ¿Es ésa la que viste?

ES.— La vi, y además abrazándose y besándose con tu huésped.

PE.— ¿Es ella?

[535] ES.— No lo sé.

PE.— ¿Quieres saberlo de todas todas?

ES.— Con toda mi alma.

PE.— Entra ahora mismo en vuestra casa, mira si es que está la vuestra allí dentro.

ES.— Vale, tienes mucha razón, ahora mismo estoy de vuelta. (*Entra en casa del militar.*)

PE.— En mi vida he visto burlarse de nadie en forma tan divertida y tan increíble. [540] Pero ya sale.

ES.— Periplectómeno, yo te suplico por los dioses y los hombres todos, y por mi necesidad, abrazado a tus rodillas...

PE.— ¿Qué es lo que me suplicas?

ES.— Que perdones mi ignorancia y mi necesidad; ahora, al fin, me doy cuenta de que he sido un loco, un ciego, un atolondrado, [545] porque Filocomasio... dentro está.

PE.— Qué, ladrón, ¿las has visto ahora a las dos?

ES.— Sí que las he visto.

PE. Ahora, ponme aquí a tu amo.

ES.— Confieso que me tengo merecido el mayor de los castigos y te digo que he cometido una injusticia con tu huésped, [550] pero es que yo creí que era la amiga de mi amo, de la que mi amo el militar me había puesto de guardián; es que, desde luego, no es posible sacar de uno y el mismo pozo dos clases de agua más iguales que lo son ella y esa huésped tuya. Además, confieso que estuve mirando desde el tejado al patio de tu casa.

PE.— Muy bien está eso de confesarme una cosa que he visto yo mismo; [555] ¿y dices que viste allí a mi huésped besándose con la muchacha esta?

ES.— Sí que lo vi, ¿por qué voy a negar lo que he visto?, pero creí que era Filocomasio.

PE.— ¿Piensas tú que soy yo una persona tan vil como para consentir a sabiendas [560] que se le hiciera en mi casa tan a las claras una injuria semejante a mi vecino?

ES.— Ahora, al fin, me doy cuenta de que me he portado como un necio, ahora que ya lo sé todo; pero no lo hice con mala intención.

PE.— Pero indebidamente, que un esclavo debe tener bajo [565] control sus ojos, sus manos y sus palabras.

ES.— Yo, desde luego, si es que de aquí en adelante abro la boca, aunque sea para decir una cosa de la que estoy seguro, llévame a la horca; yo mismo te me entregaré, pero ahora te ruego por favor que me perdones.

PE.— Intentaré dominarme y no pensar que lo has hecho [570] con mala intención; quedas perdonado.

ES.— ¡Los dioses te lo paguen!

PE.— Y tú, maldición, si no es que estás dejado de la mano de los dioses, pondrás freno a tu

lengua; en adelante no has de saber tampoco lo que sabes, ni haber visto lo que has visto.

ES.— Te agradezco el buen consejo, así lo haré: ¿estás ahora del todo satisfecho?

PE.— Puedes marcharte.

[575] ES.— ¿Deseas alguna otra cosa?

PE.— Que hagas como si no existiera.

ES.— (*Aparte.*) Éste me engaña. ¡Con qué bondad me ha hecho gracia de perdonarme! Yo me sé lo que trama: que me [580] echen mano en casa en cuanto que vuelva el militar del foro; está compinchado con Palestrión para traicionarme; lo tengo visto y lo sé ya hace tiempo. Pero te juro que no voy a picar en el cebo de ese anzuelo, porque me escaparé a donde sea y estaré escondido unos cuantos días mientras que se solucionan estos líos y se amansan las iras, que de verdad he merecido un castigo que valdría para un pueblo entero de traidores. [585] Pero, sea como sea, entro ahora en casa.

PE.— Al fin se fue; verdaderamente tengo por cierto que un cerdo degollado sabe más —y mejor— que éste: ¿cómo será posible convencer a una persona de que no ha visto lo que ha visto? [590] A nuestra banda se han pasado sus ojos, sus oídos, todo su discernimiento. Hasta ahora todo nos ha salido a pedir de boca; hay que ver la gracia y el salero con que ha colaborado la joven. Me voy otra vez aquí a nuestro senado, que Palestrión está ahora en mi casa y Escéledro fuera: ahora podemos celebrar asamblea plenaria. [595] Me voy dentro, no sea que se echen las suertes de los cargos en mi ausencia¹¹.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

PALESTRIÓN, PERIPLECTÓMENO, PLEUSICLES

PA.— (*A los otros dos dentro de la casa.*) Esperaos ahí un momento, Pleusicles, dejadme a mí primero inspeccionar si no hay por alguna parte una emboscada contra la asamblea a celebrar, porque necesitamos ahora un lugar seguro, donde no pueda ningún enemigo hacerse con los despojos de nuestro plan, [600] que un plan bueno deja de serlo si cae en poder del enemigo, ni es posible otra cosa sino que, si le aprovecha a él, te haga daño a ti; y es que pasa muchas veces el dejarse atrapar un plan bien pensado si no se escoge con cuidado y precaución el lugar para las discusiones. [605] Y si los enemigos llegan a conocimiento de tu plan, te tapan la boca y te atan las manos, y lo que tú querías hacer con ellos te lo hacen ellos a ti. Voy a mirar bien, no sea que o por la izquierda o por la derecha haya apostado algún cazador con redes provistas de orejas. Desde aquí hasta el final de la plaza no veo más [610] que un desierto; voy a llamarlos; ¡eh, Periplectómeno, Pleusicles, salid!

PE.— Aquí estamos a tus órdenes.

PA.— Fácil es mandar cuando se trata de buenos sujetos. Y ahora ¿qué os parece: lo hacemos así como hemos pensado dentro?

PE.— Yo creo que nada puede ser más a propósito para nuestros planes.

PA.— Y tú, Pleusicles, ¿qué dices?

PL.— ¿Me va a parecer mal a mí lo que os parece bien a vosotros? [615] No tengo yo otra persona que sea más adicta que tú, Periplectómeno.

PA.— Muy bien dicho, tienes toda la razón.

PE.— Qué otra cosa podía esperarse de él.

PL.— Pero, si digo la verdad, toda esta historia me agobia y me atormenta física y psíquicamente.

PE.— ¿Qué es lo que te atormenta? Habla, pues.

¹¹ Texto inseguro.

PL.— El venirte a ti a tu edad con estas niñerías impropias de ti y de una persona de tu talla, [620] el que por causa mía te pongas a ello con toda tu alma para ayudarme en mis amores y que hagas cosas que a tu edad suelen más bien rehuirse que buscarse; me da apuro el cargarte a tus años con todas estas complicaciones.

PA.— Pleusicles, si te da apuro de algo de lo que haces, tienes verdaderamente una forma nueva de amar; [625] joven, tú no estás enamorado, eres más bien la sombra de un amante que no un enamorado de verdad.

PL.— ¿Es que está bien acaso dar que hacer a una persona en esas edad por culpa de mis amores?

PE.— ¿Qué dices?, ¿es que te parezco estar tan a punto para el otro mundo que soy ya un hombre con un pie en la sepultura? [630] ¿Tan viejo te parezco? Después de todo, no tengo más de 54 años y veo como un lince, estoy ágil de pies y de manos.

PA.— En serio, a pesar de sus canas, por su manera de ser no parece un viejo; no ha perdido ni un punto de su peculiar noble condición, que es pero que de primera.

PL.— Por experiencia sé la razón que tienes, Palestrión: este hombre tiene, desde luego, tanta comprensión como una persona joven.

[635] PE.— Precisamente, querido amigo, mientras más a prueba me pongas, más tendrás ocasión de experimentar mi indulgencia para con tus amores.

PL.— ¿Y para qué enterarse de lo que ya se sabe?

PE.— ***¹² Para que hagas tú la experiencia por ti mismo, que alguien que no ha estado nunca enamorado, difícilmente podrá hacerse cargo de la situación ajena; [639-640] y es que yo siento aún anidar en mí el fuego del amor y la savia de la vida, ni estoy tan reseco como para no querer cuentas con todo lo que significa contento y placer. Yo tengo sentido del humor y soy un huésped bien visto en todas partes; yo no le quito a nadie la palabra en una conversación y sé muy bien abstenerme de despropósitos en un convite, [645] hablar cuando me corresponde y guardar silencio cuando le toca el turno de hablar a otro; jamás se me ocurre escupir ni carraspear ni sonarme a la mesa; en fin, es que no en vano he nacido en Éfeso, y no en Apulia, no soy de Anímula¹³.

PA.— ¡Qué tipo más simpático este viejo a medias, si es que realmente tiene las cualidades que dice!, [650] desde luego, ha mamado la simpatía con la leche de la madre.

PE.— Pues aún te voy a resultar más simpático por mis hechos que por mis dichos; y es que yo en un convite jamás me pongo a emprenderla con la amiga de otro, ni me adelanto a tomar de la carne ni la copa, ni surge nunca por culpa mía, por haberme propasado con el vino, conflicto alguno entre los comensales; [655] si es que alguno se pone molesto, me marchó a casa, interrumpo la conversación; yo, cuando estoy a la mesa, me doy a Venus, al amor, al placentero esparcimiento.

PA.— Verdaderamente que la nota más destacada en tu carácter es la jovialidad: dame tres hombres de la misma clase, y te los pagaré a precio de oro¹⁴.

PL.— Yo te aseguro que te será imposible encontrar otro hombre de la misma edad con más simpatía, [660] ni nadie que te sea un amigo tan servicial.

PE.— Ya verás cómo consigo que no te quede sino conceder que me porto realmente como un joven, porque, sea lo que sea, me encontrarás siempre a tu disposición para ayudarte con mis servicios: ¿que te hace falta un patrono adusto, iracundo? ¡Aquí me tienes! ¿Te hace falta uno manso? Dirás que lo soy más que la mar en calma [665] y más apacible que el soplo del céfiro. Igual soy capaz de servirte de comensal con un humor de perlas que de bufón como no hay otro, que te hago a la perfección la compra para un festín; y si es que se trata de bailar, no habrá marica que sea capaz de igualársme con sus contoneos.

PA.— (A Pleusicles.) Si te dieran a escoger, ¿qué te parecería deseable para ti, aparte de todas esas cualidades?

¹² Los editores suponen aquí una laguna, que Ritschl suple como sigue: «Porque es mejor haber estado uno mismo enamorado. si es que quieres ayudar a alguien que lo está».

¹³ Anímula era una aldea insignificante de la Apulia, región de Italia, cuyos naturales tenían, al parecer, fama de muy rústicos.

¹⁴ El texto latino dice *aurichalcum*, metal fabuloso de brillo dorado; cf. *Curculio* 202.

[670] PL.— El poder dar pruebas de un agradecimiento adecuado a tus servicios, y lo mismo digo en tu caso, que ya son muchos los trastornos que os estoy ocasionando a los dos. También me pesa el estarte ocasionando tantos gastos, Periplectómeno.

PE.— Pues eso es una tontería, que lo que gastas con una mala mujer o con un enemigo es cosa perdida, pero en un buen huésped y un amigo son los gastos una ganancia. [675] También lo que empleas en el culto divino es para una persona de cabeza una ganancia¹⁵. Yo, gracias a los dioses, tengo lo suficiente para ofrecerte hospitalidad de buena gana; come, bebe, disfruta a placer en mi compañía, llena tu alma de optimismo: libre es mi casa, libre quiero gozar de la vida; [680] porque yo, gracias a los dioses puedo decirlo, hubiera podido por mis riquezas casarme con una mujer rica y noble; pero mira, no tengo ganas de meter en mi casa a alguien que me esté siempre ladrando.

PA.— ¿Por qué?: los hijos dan muchas alegrías.

PE.— Te juro que mucha más alegría da el gozar tú de tu libertad.

PA.— Tú eres una persona que sabe tomar sabias decisiones no sólo para los demás, sino también para sí misma.

[685] PE.— Desde luego que es muy hermoso el casarse con una mujer buena, si es que hubiera en el mundo donde se la pudiera encontrar; pero ¿me voy yo a casar con una mujer que no me diga nunca: «Marido, cómprame lana que te haga una capa suave y caliente y un buen traje de invierno, que no te hieles cuando llegue el frío»? ¿Te crees que vas a oír alguna vez una cosa así de tu mujer? [690] No, sino que antes del canto del gallo me despertará y me dirá: «Marido mío, dame para que pueda hacer un regalo a mi madre para primeros de mes¹⁶, dame para que pueda hacer dulces, dame para que tenga de donde dar algo por las fiestas de Minerva¹⁷, a la exordista¹⁸, a la intérprete de los sueños, a la adivina y la profetisa; es una verdadera vergüenza si no se le manda nada a la vidente que sabe leer los movimientos de las cejas¹⁹; [695] bueno, y a la mujer que me dobla la ropa no está ni medio bien el no hacerle un regalo; y la de la cera²⁰ ya hace tiempo que está enfadada conmigo porque no ha recibido nada; y luego la comadrona, que se me ha quejado de que era muy poco lo que le había mandado; qué, ¿no le vas a mandar algo a la nodriza de los esclavos?». Todos estos gastos y perjuicios por el estilo [700] que traen consigo las mujeres son los que me retienen de tomar una esposa que me venga luego con historias parecidas.

PA.— Tú gozas del favor de los dioses; porque te juro que, si llegas a perder esa libertad, no te será fácil el volver a recuperarla en ese grado.

PL.— Por otra parte, es una honra, cuando se es de noble familia y se poseen grandes riquezas, el criar hijos para perpetuar el nombre de la familia y el propio.

[705] PE.— Y teniendo muchos parientes, ¿qué necesidad tengo de hijos? Así vivo feliz y como quiero y me viene en gana; a mi muerte entregaré y repartiré mis bienes entre mis parientes; ellos andarán a mi alrededor, se ocuparán de mí, vendrán a ver cómo me encuentro, si es que quiero algo. Antes de ser de día están ya aquí y me preguntan que cómo he pasado la noche. [710] Las personas que me regalan, a éstas tendré yo por mis hijos: ¿que están de matanza para un sacrificio?, me dan a mí de lo que ellos se quedan para sí mismos, me llevan al banquete, me invitan a sus casas a almorzar, a cenar; como postergado se siente el que menos da. Ellos rivalizan entre sí con sus regalos y yo me digo para mis adentros: [715] están esperando a tragarse mis bienes, por eso me ceban y me regalan a porfía.

¹⁵ Ribbeck, Brix y Ernout, seguramente con razón, han considerado como interpolación el v. 675.

¹⁶ Se trata de las calendas de marzo, cuando era costumbre hacer regalos a las mujeres: cf. MARCIAL, V 84, 10; SUETONIO. *Vespasiano* 19.

¹⁷ La fiesta de la fundación del templo de Minerva en el Aventino el 19 de marzo coincidía con la antigua fiesta de Marte nombrada *quinquatus* (celebrada el quinto día después de las idus de marzo), por lo que era considerada por el pueblo como una fiesta de Minerva, patrona de los artesanos (*artificum dies*); cf. OVIDIO, *Fast.* III 809 ss., donde se nombra entre otros, por ejemplo, a los que trabajan la lana, los zapateros, los médicos y los maestros de escuela. Cinco días duraban las fiestas ya en el siglo u antes de nuestra era (T. Livio, XLIV 20, 1).

¹⁸ Cf. NONIO, 494 (de VARRÓN, *Cato vel de liberis educandis*) *ut faciunt pleraeque, ut adhibeant praecantrices nec medico ostendant*

¹⁹ Cf. *Pseudolus* 102, *ita supercilium salit*, interpretado como un augurio feliz.

²⁰ *Ceriaría*, oficio no identificado.

PA.— Tú tienes mucho talento para organizarte tu vida; si no te falta de nada, es como si tuvieras dos y tres hijos.

PE.— Desde luego que, si hubiera tenido hijos, no serían pocas las penas que me hubieran causado: [719-720] no tendría ni un momento de respiro: si uno tuviera fiebre, pensaría si se me iba a morir; si se cayera borracho al suelo o del caballo, tendría miedo de que se hubiera partido una pierna o la crisma.

PL.— Este hombre es una persona digna de poseer riquezas y de gozar de una vida larga, porque sabe conservar sus bienes, disfrutar de ellos y servir a sus amigos.

[725] PA.— ¡Sí, señor, una persona encantadora! Por todos los dioses y las diosas, cuánto mejor hubiera sido que la providencia divina hubiera dispuesto que no todos lleven un mismo género de vida. ¿No veis la forma en que los buenos inspectores de los mercados tasan las mercancías?: a las buenas les ponen el precio por el que merecen ser vendidas con arreglo a su calidad, y asimismo tasan las malas de forma que causen pérdidas a los que las ofrecen. [730] Igual debían haber ordenado los dioses la vida de los mortales: a los de buen natural, darles vida larga, a los malos y a los sinvergüenzas, quitársela en seguida. Si así estuvieran dispuestas las cosas, habría muchas menos malas personas y no se atreverían tanto a cometer malas acciones, [735] y encima resultarían más bajos los costes de vida para la gente de bien.

PE.— Es una necesidad y una ignorancia el criticar los designios de los dioses y el hacerles reproches. Pero dejemos el tema. Yo voy ahora a hacer la compra, mi querido huésped, para acogerte en mi casa con esplendidez, las atenciones y el obsequio dignos de tu persona y de la mía.

[740] PL.— No son pocos los gastos que me parece haberte ocasionado ya, que no es posible el alojarse un huésped en casa de un amigo sin resultar molesto pasados tres días, y si son diez los que se queda, entonces eso es ya el cuento de nunca acabar²¹ y aun en el caso de que el dueño de la casa no lo lleve a mal, la servidumbre protesta,

[745] PE.— Yo, querido huésped, tengo hechos los esclavos a servirme, no a que ellos sean los que me den órdenes a mí o a que sea yo el que esté sujeto a ellos; si les resulta molesto lo que es agradable para mí, ellos reman bajo mi mando y tienen que hacer lo que les molesta, aunque sea por medio de castigos y a la fuerza. Pero ahora, como dije, me voy a la compra.

[750] PL.— Si te empeñas, como quieras, pero no te pases de la raya, no hagas demasiados gastos; a mí me basta con cualquier cosa.

PE.— Déjate de dichos tan viejos y tan trillados; mi querido huésped, al hablar así no haces sino lo que todos; cuando están a la mesa y se trae la cena, dicen: a qué tales gastos sólo por causa nuestra; [755] de verdad, tú estás loco, si eso hubiera bastado para diez personas. Protestan de que se haya comprado tanto y cuanto por causa suya, pero luego cogen y se lo comen.

PA.— Desde luego que así es: ¡no sabe nada éste!

PE.— Y luego a esos mismos no los oirás nunca decir cuando ven la mesa tan bien abastada: di que se lleven eso; retira esa fuente; [760] llévate ese jamón, yo no lo quiero; toma aquel asado de cerdo; este congrio estará también muy bueno frío, llévatelo, anda, quítalo de la mesa. A ninguno de éstos les oirás hablar así, sino que se abalanzan y se te echan casi encima de la mesa al coger las cosas.

PA.— Mira qué bien sabe un hombre tan correcto describir las incorrecciones ajenas.

PE.— Pues no he dicho ni la mitad, y si hubiera tiempo todavía podría decir mucho más.

[765] PA.— Bien, ahora más vale ocuparnos primero de lo que traemos entre manos. A ver, atendedme los dos. Yo necesito tu ayuda, Periplectómeno, porque se me ha ocurrido una bonita estratagema para dejar bien esquilado al militar este de la cabellera y para darle posibilidad a nuestro enamorado joven [770] y a Filocomasio de que se la lleve y se quede con ella.

PE.— A ver, danos noticia de ese plan.

PA.— Y tú dame ese anillo que llevas.

PE.— ¿Para qué lo quieres?

²¹ El texto latino dice *odiorum lijas*; el giro era proverbial entre los griegos; CICERÓN lo usa en *Cartas a Ático* VIII 11, 13, *tanta malorum impendet Ilias*.

PA. Cuando lo tenga, entonces te daré razón de mis artimañas.

PE.— Puede servirte de él, aquí lo tienes.

PA.— Y tú recibe a cambio el plan del engaño trazado.

PE.— Somos todo oídos.

[775] PA.— Mi amo es un especialista en mujeres casadas como pienso que no ha existido ni existirá jamás otro igual.

PE.— Soy de la misma opinión.

PA.— Él dice siempre que es más guapo que un Adonis²², y por eso asegura que le persiguen todas las mujeres de Éfeso.

PE.— Te juro que hay muchos que desearían que estuvieras mintiendo, [780] pero yo me creo muy bien que es así como dices: o sea, Palestrión, procura no extenderte demasiado.

PA.— ¿Puedes tú proporcionarme una mujer atractiva, ladina, con gracejo?

PE.— ¿La quieres que sea libre de nacimiento o una liberta?

[785] PA.— Eso me da igual, con tal que me proporciones una 1 que sea interesada, que viva del oficio y que tenga chispa; de corazón, nada, porque no hay una que lo tenga.

PE.— ¿Una con experiencia o una principianta?²³

PA.— Con toda su salsa, lo más atractiva posible y muy, muy joven.

PE.— Yo tengo una así, una de mi servicio, una golfa muy jovencilla. [790] Pero ¿para qué la quieres?

PA.— Para que la traigas a tu casa y la presentes aquí arreglada como si fuera una señora, bien peinada con sus trenzas y sus cintillos, y que haga como que es tu mujer; eso es lo que le tienes que decir.

PE.— No sé por dónde vas.

PA.— Pues espera y lo sabréis. Pero ¿tiene esa que dices también una esclava?

PE.— Una más lista que lista.

[795] PA.— Ésa también nos hace falta. Dile a la joven y a su esclavita que haga ella como que es tu mujer y que se muere por nuestro militar (*hablando cada vez más alto*) y como si le hubiera dado este anillo a su sirvienta y ella luego a mí para que se lo dé al militar y como si yo hiciera de tercero en el asunto.

PE.— Te oigo, te oigo, no me dejes sordo a fuerza de gritos²⁴, [799^a] por favor, yo tengo buen oído ***.

[800] PA.— Cuando las tengas instruidas, iré al militar y le daré el anillo: le diré que me lo ha traído y me lo ha dado tu mujer para que la pusiera en tratos con él... Tal como yo me lo conozco, ¡le entrarán unas ganas al pobre! Porque no hay nada que le atraiga tanto al muy bribón como las mujeres casadas.

PE.— Así le hubieras encargado al sol en persona que te la buscara, no te hubiera encontrado otras dos jóvenes más al pelo para este asunto. Tú tranquilo.

[805] PA.— Entonces, hala; pero la cosa corre prisa (*se va Periplectómeno*). Y ahora, tú, Pleusicles, escúchame.

PL.— Estoy a tus órdenes.

PA.— Cuando vaya el militar a vuestra casa, no se te vaya a ocurrir pronunciar el nombre de Filocomasio.

PL.— Pues ¿cómo la tengo que llamar?

PA.— Justa.

PL.— O sea, como hemos dicho antes.

PA.— Estupendo, hale.

PL.— Yo lo tendré presente. Pero me gustaría saber para qué.

[810] PA.— Yo te lo diré cuando venga a cuento; ahora, calla. El otro ya está representando su

²² El texto latino pone *Alexander* (Paris), el raptor de Helena.

²³ Texto de interpretación insegura.

²⁴ Texto según conjetura de Lindsay en el aparato crítico.

papel, a ti te tocará la vez en seguida.

PL.— Me meto en casa entonces.

PA.— ¡Mucho ojo con lo que te he encargado!

ESCENA SEGUNDA

PALESTRIÓN, LURCIÓN

PA.— (*Solo.*) ¡Qué líos tan grandes que organizo, menudas las armas que manejo! Verás cómo dejo hoy al militar sin su amiga, si es que mis soldados se portan con disciplina. **[815]** Voy a llamar al otro: ¡eh, tú, Escéledro, sal aquí a la puerta, si no tienes otra cosa que hacer, soy yo, Palestrión!

LU.— (*Saliendo de casa del militar.*) Escéledro no puede salir ahora.

PA.— ¿Por qué?

LU.— Está dormido sorbiendo.

PA.— ¿Sorbiendo?

[820-821] LU.— Roncando quiero decir, pero como es casi lo mismo cuando roncas, que no parece sino que sorbes...

PA.— Pero bueno, ¿es que está Escéledro ahí en casa durmiendo?

LU.— Sí, pero no en lo que se refiere a la nariz, porque menudos silbidos que le hace pegar.

PA.— Ése, como es bodeguero, se ha tomado unas copas de contrabando, al poner el nardo en el vino²⁵. **[825]** ¡Eh, tú, Sinvergüenza, tú, su vicebodeguero!

LU.— ¿Qué hay?

PA.— ¿Cómo se ha permitido quedarse dormido?

LU.— ¿Cómo? Pues cenando los ojos, digo yo.

PA.— No es eso lo que te pregunto, ladrón; sal aquí afuera. Muerto eres si no me dices la verdad: ¿le has dado tú el vino?

LU.— No.

PA.— ¿Lo niegas?

[830] LU.— Y tanto que lo niego, como que me ha prohibido él que lo diga; ni le he sacado ocho cuartillos en la jarra ni se lo ha echado él al coletito calentito durante el almuerzo.

PA.— Ni tú has bebido junto con él, ¿verdad?

LU.— Mal rayo me parta si es que he bebido o pude beber.

PA.— Pero ¿por qué?

[835] LU.— Porque me lo tomé a sorbos; estaba demasiado caliente, me quemaba la garganta.

PA.— No está mal la cosa: unos hartos de vino, y otros... a beber agua con vinagre. ¡Bonito par estáis hechos de jefe y ayudante al frente de nuestra bodega!

LU.— Pues lo mismo harías tú si fueras el que estuviera al frente de ella. **[839-840]** Como no nos puedes imitar, por eso nos lo tomas a mal a nosotros.

PA.— ¿Acaso no he sido yo nunca bodeguero en mi vida? Contéstame, bribón, y para que lo sepas, te aviso: Lurción, si no dices la verdad, perecerás en la horca.

[845] LU.— ¿Ah, sí? Para que tú te chives de que lo he dicho y luego cojan y me priven de poder forrarme en la bodega, y tú, si te ponen allí de encargado, te busques otro ayudante.

PA.— En serio que no. Hale, háblame con tranquilidad.

LU.— De verdad que yo no he visto sacar el vino, sino sólo que él me decía que lo sacara y yo entonces iba y lo sacaba.

[850] PA.— Por eso estaban las ánforas²⁶ tantas veces boca abajo.

²⁵ Texto corrupto, traducción según la conjetura de USSING, que siguen BRIXNIEMEYER. PALADIO (XI 14. 8) nombra e] nardo céltico entre otros aditivos para conseguir que el vino parezca más añejo de lo que es.

²⁶ El *cadus*, una especie de ánfora de mayor cabida, hacia unos 40 litros y era el envase típico del vino griego, pero se utilizaba también, por ejemplo, para aceite, higos o salazones de pescado.

LU.— No, no, no era por eso por lo que se tambaleaban tanto las ánforas, sino que había en la bodega una esquinilla así un poco resbaladiza y allí mismo había junto a las ánforas una jarra de a litro, que solía llenarse hasta diez veces al día; yo mismo la he visto llenarse y vaciarse; [855] cuando a la jarra le entraba la locura de Baco, otra vez que empezaban a tambalearse las ánforas.

PA.— Hale, hale, dentro ya; menudas bacanales os organizáis ahí en la bodega. Te juro que ahora mismo voy y traigo al amo del foro.

[860] LU.— ¡Muerto soy! El amo me mandará a la horca cuando vuelva y se entere de lo ocurrido, por no habérselo dicho. Qué diablos, yo me escapo a donde sea y así aplazo el castigo; (*al público*) no se lo digáis a éste, por favor, os lo suplico.

PA.— ¿Adónde vas?

LU.— Tengo que hacer un mandado; ahora mismo estoy de vuelta.

PA.— ¿Un mandado?, ¿a quién?

LU.— A Filocomasio.

PA.— Venga, hale, vuelve en seguida.

[865] LU.— Por favor, si se reparten los palos, quédate con mi parte en mi ausencia.

PA.— Ahora caigo en la cuenta de lo que trama Filocomasio: como Escéledro está durmiendo, ha mandado a su sustituto fuera, mientras que ella se pasaba a la otra casa. Me parece muy bien.

[870] Pero ahí viene Periplectómeno con la joven que le encargué, y es guapísima. Los dioses están con nosotros. Menudo atuendo trae: desde luego, no parece una golfa. Se me está dando el asunto pero que de maravilla.

ESCENA TERCERA

PERIPLECTÓMENO, ACROTELEUTIO, MILFIDIPA, PALESTRIÓN

PE.— Acroteleutio, ya te he explicado en casa punto por punto y lo mismo a ti, Milfidipa, de lo que se trata. [875] Si es que no habéis caído bien en la cuenta de nuestra estratagema y de la trampa en que le queremos hacer caer al militar, os lo vuelvo a explicar ahora de nuevo; en el caso de que estéis bien enteradas, entonces podemos cambiar de conversación.

AC.— Pues no, que no sería buena simpleza y necedad de parte mía el mezclarme en asuntos ajenos o prometerte mi como colaboración [880] si es que no supiera yo traérmelas de mala y de ladina en tales menesteres.

PE.— Así y todo, vale más no quedarse corto en lo que se refiere a instrucciones.

AC.— ¡Pues sí, que no es ningún secreto la falta que le hace a una fulana que se las den! En cuantito que empezaste a hablar, yo misma he sido la que te he dicho la forma en que había que timar al militar.

[885] PE.— De todos modos, a nadie le sobra un buen consejo, que a muchos he visto yo echarse atrás de un buen camino antes de haberlo empezado.

AC.— Las mujeres, si es que se trata de hacer algo con maldad y malicia, tienen una memoria inmortal y sempiterna para tenerlo todo presente; en cambio, si tienen que portarse como buenas personas, [890] entonces es cuando se vuelven en seguida olvidadizas, entonces no pueden acordarse de pronto de nada.

PE.— O sea que de eso es de lo que tengo miedo, porque tenéis que hacer ahora una cosa y la otra: lo que hagáis de mal al militar, resultará en provecho mío.

AC.— Mientras que hagamos algo bueno sin darnos cuenta, no tengas miedo.

[894-895] PE.— ¡Malas piezas sois las mujeres!

AC.— No te apures, que yo me sé otros peores con quienes tienen que habérselas.

PE.— Bien empleado os está. Venid conmigo.

PA.— (*Aparte.*) Me estoy deteniendo en salirles al encuentro. (*En voz alta.*) Me alegro de verte bien y en tal buena compañía.

PE.— Vienes muy a punto, Palestrión. Ea, aquí tienes las jóvenes que me encargaste traerte y

con el atuendo que dijiste.

[900] PA.— Estupendo, bien venido. Se te saluda, Acroteleutio.

AC.— (A *Periplectómeno*.) Oye, dime: ¿quién es éste, que me nombra como si me conociera de toda la vida?

PE.— Éste es nuestro arquitecto.

AC.— Hola, arquitecto.

PA.— Hola, joven. Pero una cosa: ¿te ha dado este Periplectómeno una buena carga de avisos?

PE.— Las traigo a las dos instruidas a cada cual más y mejor.

PA.— Quiero saber cómo; estoy temblando, no sea que vayáis a meter la pata.

[905] PE.— Yo no les he dicho ni más ni menos que lo que tú me has encargado.

AC.— O sea, que quieres que se le tome el pelo al militar tu amo, ¿no?

PA.— Exacto.

AC.— Todo está dispuesto a las mil maravillas, con vista, a pedir de boca y con chispa.

PA.— Sabes que quiero que figures que eres la esposa de éste (*Periplectómeno*).

AC.— De acuerdo.

PE.— Y que hagas como que estás enamorada del militar.

AC.— Tú tranquilo.

[910] PA.— Y como si fuéramos una esclava tuya y un servidor los que mediáramos en buscarle este arreglo.

AC.— Tú, desde luego, podías ganarte la vida como adivino, porque estás prediciendo todo el futuro.

PA.— Y como si tu criada me hubiera traído este anillo de tu parte para que yo se lo dé al militar en nombre tuyo.

AC.— Exacto.

PE.— ¿A qué tantos avisos, si están más que avisadas?

[915] AC.— Más vale así. Amo mío de mi alma, tú date cuenta: cuando un constructor es bueno, una vez que ha metido en el arsenal el armazón bien delineado de un barco, es fácil construirlo²⁷; nosotros tenemos ahora nuestro barco bien puesto en grada y no nos faltan obreros o ingenieros que saben su oficio; [920] si el contratista que nos ha de suministrar la madera no nos causa problemas con darnos lo que necesitamos, nosotras nos las pintamos solas, ya verás qué pronto está la nave a punto.

PA.— ¿Entonces conoces tú a mi amo el militar?

AC.— Me extraña que me lo preguntes. ¿Cómo no voy a conocerlo, si no hay quien no lo aborrezca, un hombre que no sabe sino echar bravatas, con esa cabeza llena de ricitos, ese especialista en casadas apestando a perfume?

PA.— ¿Y él te conoce acaso a ti?

[925] AC.— No me ha visto jamás, ¿cómo va a saber quién soy?

PA.— Hablas que es un primor: o sea que ya verás, nos va a salir todo de maravilla²⁸.

AC.— Tú pones aquí al militar y no te preocupes de nada más. Verás qué bonitamente le tomo el pelo, y si no, échame a mí toda la culpa.

PA.— Hale, pues, entraos, y a llevar el asunto con cabeza.

AC.— Tú a lo tuyo.

[930] PA.— Hala, Periplectómeno, llévatelas dentro; yo me voy al foro a buscar al militar y le daré el anillo y le contaré que me lo ha dado tu mujer y que está perdida por él. En cuanto que volvamos de la plaza, nos mandáis a éste (*Milfidipa*) como si viniera en misión secreta.

PE.— De acuerdo, no te preocupes de eso.

[935] PA.— Vosotros estad a lo vuestro, que yo os lo traigo ahora mismo ya con una buena carga encima.

PE.— Hala, mucho éxito. (*Se va*.) Si consigo que mi huésped se apodere hoy de la amiga del

²⁷ Según Using y Ernout, el final del v. 917 ha sido eliminado por una anticipación del final del verso siguiente.

²⁸ Texto inseguro.

militar y se la lleve a Atenas, [939-940] si conseguimos amañar nuestra artimaña, ¡menudo es el regalo que te voy a hacer!

AC.— ¿La amiga está dispuesta a colaborar?

PE.— A las mil maravillas.

AC.— Estoy segura de que nos saldremos con la nuestra: échale las picardías de tres mujeres juntas y verás cómo no tengo miedo de que nadie nos deje chicas en cuestiones de engaños y trapacerías.

[945] PE.— Vámonos, pues, dentro para deliberar con calma, que pongamos por obra nuestros propósitos con exactitud y como lo vide la cosa, para que no haya titubeos cuando venga el militar.

AC.— Venga, tú eres el que nos detienes.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

PIR.— Es un placer cuanto todo lo que haces te sale de maravilla y tal como lo habías pensado: hoy he enviado al gorrón [950] al rey Seleuco con los mercenarios que le he contratado como tropas de seguridad para su reino mientras que yo estoy de permiso.

PA.— Anda y preocúpate tú de tus cosas mejor que de las de Seleuco, que se te ofrece ahora por mediación mía un partido inesperado y estupendo.

PIR.— No hay más, lo dejo todo de lado y te escucho. Habla, tienes mis oídos a tu disposición.

[955] PA.— Echa una mirada, no sea que haya alguien al acecho de nuestra conversación, porque se me ha dado el encargo de que lleve este asunto muy en secreto.

PIR.— *(Después de mirar a su alrededor.)* No hay nadie.

PA.— Por primera providencia, toma, aquí tienes una prenda de amor.

PIR.— ¿Qué significa este anillo?, ¿de dónde lo has sacado?

PA.— De una mujer estupenda, deliciosa, que está enamorada de ti [960] y arde en deseos de tu sin par beldad; su criada me dio este anillo para que te lo entregara a ti.

PIR.— ¿Qué es, libre o una esclava liberta?

PA.— Como que me iba a atrever yo a hacer de tercero entre una liberta y tú, que no das abasto a corresponder a todas las mujeres libres que te solicitan.

[964-965] PIR.— ¿Tiene marido o no?

PA.— Lo tiene, pero no lo tiene.

PIR.— ¿Cómo puede tenerlo y no tenerlo al mismo tiempo?

PA.— A ver, porque es joven y está casada con un viejo.

PIR.— ¡Bravo!

PA.— Es una mujer linda y fina de verdad.

PIR.— A ver si me vas a estar echando mentiras.

PA.— Ella es la única mujer digna de tu beldad.

PIR.— Caray que no debe ser guapa la joven, por lo que dices. Pero ¿quién es?

PA.— La mujer del viejo este vecino nuestro, Periplecómeno. [970] Está que se muere por ti y quiere abandonar al viejo, no lo puede ver; por eso me ha mandado rogarte y suplicarte que le des esa posibilidad.

PIR.— Te juro que yo lo estoy deseando, si ella quiere.

PA.— ¿Que si quiere ella?

PIR.— ¿Y qué hacemos de la amiga esta que tengo en casa?

[975] PA.— Pues mándala que se vaya donde le dé la gana; además, han venido a Éfeso su hermana gemela y su madre a buscarla.

PIR.— Oye, tú, ¿que ha venido su madre a Éfeso?

PA.— Lo dicen personas que lo saben.

PIR.— ¡Uf, menuda ocasión para ponerla de patitas en la calle!

PA.— Bueno, pero ¿quieres quedar tú bien personalmente?

PIR.— Venga y habla por esa boca.

PA.— ¿Quieres despedirla en seguida de modo que se vaya ella por las buenas?

[980] PIR.— Naturalmente.

PA.— Entonces debes hacer lo siguiente: riquezas tienes tú más que de sobra; dile que le regalas las joyas y los vestidos que le habías dado, que se lo lleve y se marche a donde le dé la gana.

PIR.— De acuerdo..., pero mira no vaya a ser que me quede sin ésta y la otra cambie de opinión.

PA.— Bah, que no te andas con tiquismiquis: si te quiere más que a las niñas de sus ojos.

[985] PIR.— Soy el ojito derecho de Venus.

PA.— Chst, calla, se abre la puerta, retírate aquí un poco a este lado..., ésta es su barquilla mensajera, la que sale ahora.

PIR.— ¿Qué dices de barquilla?

PA.— Es su criada la que sale ahora fuera, la que me entregó el anillo ese que te he dado.

PIR.— Caray, que ésta también es bonita.

PA.— Quitá, ésta es un mono y un avechucho en comparación con la otra. [990] ¿No ves cómo está a la caza con la vista y al acecho con los oídos?

ESCENA SEGUNDA

MILFIDIPA, PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

MI.— (*Aparte.*) Ya está delante de la casa el circo donde tengo que hacer mi comedia; disimularé como si no los viera ni supiera todavía que está aquí el militar.

PIR.— Calla, vamos a estar a la escucha, a ver si dice algo de mí.

[995] MI.— ¿Hay por aquí alguien que se ocupe más de asuntos ajenos que de los propios, que esté espionando mis pasos, algún ocioso que no necesita ganarse la vida con el sudor de su frente? Ésos tengo yo ahora miedo de que se me pongan en medio y me estorben si salen de su casa mientras viene aquí la persona que arde en deseos por el militar, mi ama, por amor [997^a] del cual se le estremece el alma ahora a la pobre, locamente enamorada de tan sin par belleza, el militar Pírgopolinices.

PIR.— ¿Pues no está ésta también del todo perdida por mí? Está ponderando mi belleza. [1000] Caray, sus palabras no echan de menos el jabón.

PA.— ¿Por qué motivo?

PIR.— Pues porque habla bien limpiamente y a las claras.

PA.— Hable lo que hable de ti, no le roza ni un punto a nada que no sea limpio y subido.

PIR.— Y después es que ella misma es una mujer en extremo flamante y encantadora. Te juro, Palestrión, que me están entrando unas ganillas...

[1005] PA.— Pero antes de ver a la otra con tus propios ojos vas...

PIR.— ¿Acaso veo lo que sólo sé por tus palabras? Es que, además, la barquilla esta que tú decías, como la otra no está aquí, pues nada, que me incita a quererla.

PA.— Tú, más vale que te dejes de querencias con ésta, que es mi novia; en cuanto que la otra se case hoy contigo, me caso yo luego en seguida con ésta.

PIR.— ¿Por qué no te acercas y le hablas?

PA.— Ven, pues, conmigo.

PIR.— Te sigo los pasos.

[1010] MI.— (*Aparte.*) ¡Ojalá pueda encontrar a la persona de aquel por quien he salido de casa!

PA.— Puedes y se te cumplirán tus deseos; ten confianza, no temas: hay aquí una persona que sabe dónde está lo que buscas.

MI.— ¿Quién habla ahí?

PA.— Quien es compañero de tus conciliábulos y partícipe de tus designios.

MI.— Entonces, no oculto lo que quiero ocultar.

PA.— Mejor dicho, lo ocultas y no lo ocultas.

[1015] MI.— ¿Cómo puede ser eso?

PA.— Se lo ocultas a los que no merecen confianza; yo te soy incondicionalmente fiel.

MI.— Venga la consigna, que sepa si eres de nuestras bacantes²⁹.

PA.— Una cierta mujer está enamorada de un cierto hombre.

MI.— Ay, eso es una cosa muy corriente.

PA.— Pero no hay muchas que envíen una prenda tomada de su dedo.

MI.— Ahora caigo en la cuenta, ya me has allanado el camino. Pero ¿hay aquí alguien más?

PA.— Sí y no.

MI.— Venga, escúchame en secreto.

[1020] PA.— ¿Mucho rato o poco?

MI.— Sólo cuatro palabras.

PA.— (*Al militar.*) Espera un momento, ahora mismo vuelvo.

PIR.— Y yo ¿qué?, ¿aquí nada más que de plantón tanto rato, un hombre de mi beldad y de mis méritos?

PA.— Ten paciencia y espera: es de tus cosas de lo que me estoy ocupando.

PIR.— Date prisa, que me muero de tanto esperar.

PA.— Bien sabes tú que con esta clase de mercancías hay que andarse con mucho tacto.

PIR.— Bueno, bueno, haz como mejor te parezca.

PA.— (*Aparte.*) Verdaderamente un adoquín tiene más caletre que él. (*Vuelve a acercarse a Milfidipa.*) [1025] Ya estoy aquí, ¿qué es lo que me quieres?

MI.— Dime cómo quieres que se le dé asalto³⁰.

PA.— Haz como que se muere por él.

MI.— Sí, eso ya.

PA.— Alábale su beldad y su buena facha y nómbrale todos sus éxitos.

MI.— Para eso no me falta chispa, como lo acabas de ver ahora mismo.

PA.— Tú, por lo demás, estáte atenta y a la mira, y da la caza según lo que yo vaya diciendo.

[1030] PIR.— A ver: ¿te ocupas por fin ya un poco de mi persona, te vienes para acá ahora mismo?

PA.— Aquí me tienes, a la orden.

PIR.— ¿Qué es lo que te está contando ésa?

PA.— Dice que la otra no hace sino lamentarse que está la pobre toda atormentada y afligida y llorosa porque le faltas, porque se ve privada de ti. Por eso ha mandado a ésta aquí para buscarte.

PIR.— Dile que se acerque.

PA.— Pero ¿sabes lo que tienes que hacer? Debes dar muestras de altivez, como si tú no quisieras, y luego me chillas por andar divulgando por ahí tus cosas a los cuatro vientos.

[1035] PIR.— Comprendo, haré como dices.

PA.— ¿La llamo entonces a la mujer esta que quiere hablarte?

PIR.— Que se acerque, si algo quiere.

PA.— Joven, si quieres algo, ven, acércate.

MI.— Buenos día, hermoso.

PIR.— Me ha nombrado con mi sobrenombre. Que los dioses colmen todos tus deseos.

MI.— Poder disfrutar de la vida en tu compañía...

PIR.— Picas demasiado alto.

[1040] MI.— No digo yo, sino mi ama, que anda muerta por ti.

PIR.— Hay otras muchas que quieren lo mismo, sin que ello sea posible.

²⁹ Otras alusiones a las sociedades secretas de las bacantes se encuentra en *Amphitruo* 703, *Aulularia* 408, *Bacchides* 53, 371, *Casina* 978 ss.

³⁰ Texto inseguro.

MI.— Te juro que no me extraña si te tienes en tanto, un hombre de tal beldad y tan ilustre por su valor, su figura y sus hazañas. ¿Hay otro que fuera más digno de ser un dios?

PA.— (*Aparte.*) ¡Uf!, verdaderamente no es un ser humano; un buitre tiene más de hombre que él, digo yo.

[1045] PIR.— Me daré importancia, ahora que ella me está alabando de esa forma.

PA.— (*A Milfidipa por lo bajo.*) ¿Ves cómo se pavonea el imbécil? (*Al militar.*) Venga, dale una contestación, ésta es esa que viene de parte de aquella que te dije antes.

PIR.— ¿De cuál de ellas? Son tantas las que me acosan, no puedo acordarme.

MI.— De aquella que despoja sus dedos para adornar los tuyos; yo le di a éste ese anillo de parte de quien arde en deseos por ti y él te lo entregó.

[1050] PIR.— ¿Qué es lo que deseas entonces? Habla.

MI.— Que no rechaces a quien te desea, a quien de momento vive sólo por tu vida: tú eres el único que puede decidir si debe abrigar aún una esperanza o renunciar a ella.

PIR.— ¿Y qué es, en fin, lo que quiere?

MI.— Hablarte y abrazarte, acariciarte, tenerte cerca de sí. Una cosa es segura: si no corres en su ayuda, se desesperará; [1054^a] ¡ea, pues, tú, Aquiles mío de mi alma³¹, atiende mis súplicas, [1055] dignese tu beldad salvar a la beldad de mi ama, no quieras ocultar tu generosa índole, oh tú, héroe sin par, hecho a expugnar ciudades y subyugar reyes!

PIR.— ¡Caray, qué asunto más desagradable! ¿Cuántas veces te he prohibido, bribón, andar por ahí comprometiéndome con cualquiera?

PA.— ¿Lo estás viendo, joven? Te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir ahora: [1059-1060] si no se le da a este verraco su paga, no está dispuesto a dar de su simiente a hembra ninguna.

MI.— Se le dará el precio que pida.

PA.— Él coge un talento de oro filípico³²; por menos no lo hace jamás.

MI.— ¡Huy, eso es demasiado barato!

PIR.— Yo no soy de natural avaricioso; riquezas tengo más que suficientes, más de mil celemines de doblones de oro puro.

[1065] PA.— Aparte de tus otros tesoros, y luego, no lingotes, montañas de plata, más altas que el mismo Etna.

[1066^a] MI.— (*Aparte.*) ¡Ay qué hombre más embustero!

PA.— (*Por lo bajo. a Milfidipa.*) ¿Que tal le tomó el pelo?

MI.— Y yo, ¿qué tal lo hago?

PA.— De maravilla.

MI.— (*Al militar*) Bueno, por favor, despáchame ya.

PA.— ¿Por qué no le contestas ya lo que sea, o que sí o que no?

MI.— ¿Por qué atormentas a una pobre desgraciada que no te ha hecho jamás daño alguno?

[1070] PIR.— Dile que salga ella misma aquí; dile que estoy dispuesto a complacerla en todo.

MI.— No haces sino lo que corresponde: querer a la que te quiere...

PIR.— (*Por lo bajo.*) No es tonta la joven. ¿eh?

MI.— ... y no rechazar mi mensaje y haber cedido a mis súplicas. (*A Palestrión, por lo bajo.*) ¿Qué tal?, ¿cómo lo hago?

PA.— No puedo contener la risa, ¡ja, ja, ja, ja!

MI.— Pues por lo mismo me había yo vuelto para este otro lado.

[1075] PIR.— Mujer, no sabes tú bien la magnitud del honor que le hago a tu ama.

MI.— Lo sé, y además se lo diré a ella.

PA.— Un favor así se lo podía haber vendido a otra a precio de oro.

MI.— De verdad que te lo creo.

PA.— A las que éste les hace un hijo, no tienen más que guerreros de pura cepa y les viven 800 años.

MI.— (*Aparte.*) ¡Ay de ti, guasón!

³² Cf. vol. 1, nota a *Asinaria* 153 y 193.

PIR.— Qué, mil años enteros y veros viven y, de generación en generación.

[1080] PA.— No, yo me quedé un poco corto, no se fuera a creer ésta que eran cuentos míos.

MI.— ¡Muerta soy!, ¿cuántos años vivirá éste, si sus hijos tienen una vida tan larga?

PIR.— Sabrás, joven, que yo he nacido al día siguiente del mismo Júpiter.

PA.— No, es que si hubiera nacido un día antes que él, sería éste el rey del cielo.

MI.— Por favor, ya basta: dejadme escapar con vida, si es posible, de vuestro lado.

[1085] PA.— Pues ¿por qué no te vas ya, una vez que tienes contestación?

MI.— Me voy, y ahora mismo te pongo aquí a aquella a cuyo servicio estoy; ¿quieres algo más?

PIR.— Sí, el no ser más guapo de lo que soy, que no son más que desasosiegos los que me produce mi beldad.

PA.— ¿Qué haces ahí todavía de pasmarote?, ¿por qué no te marchas?

MI.— Ahora.

PA.— Oye, todavía una cosa: que se lo digas bien dicho, así que le dé brincos el corazón en el pecho. (*Por lo bajo.*) Dile a Filocomasio, si está ahí, que se pase a nuestra casa, que el militar está aquí.

[1090] MI.— Está aquí con mi ama, escuchando a escondidas nuestra conversación.

PA. Muy bien hecho, así sabrán mejor cómo tienen que comportarse.

MI.— No me detengas más, me voy.

PA.— Ni te detengo ni te pongo un dedo encima ni te... me callo.

PIR.— Dile a la otra que salga en seguida; no tengo ahora otro asunto más urgente.

ESCENA TERCERA

PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

PIR.— ¿Qué es lo que me aconsejas ahora que debo de hacer con mi amiga, Palestrión?; [1095] porque es de todo punto imposible el traer a la otra a casa antes de haberla despedido a ella.

PA.— ¿A qué me consultas lo que debes hacer? Ya te dije cómo podías salir del paso sin el menor disgusto: que se quede con todas las joyas y los vestidos que le diste; [1100] que lo coja, que se quede con ello, que se lo lleve; y le dices también que es la mejor ocasión para que se vuelva a su casa: dile que han venido su hermana gemela y su madre, en cuya compañía podrá muy bien llegar a su patria.

PIR.— ¿Cómo sabes tú que están aquí?

PA.— Pues porque he visto con mis propios ojos que estaba [1105] aquí una hermana suya.

PIR.— ¿Ha venido ya a verla?

PA.— Sí.

PIR.— Y ¿es buena moza?

PA.— Caray, no te ves nunca hartó.

PIR.— ¿Y dónde decía la hermana que está la madre?

PA.— El patrón del barco que las trajo me dijo que estaba en cama en el barco, que tenía un mal de ojos, que los tenía hinchados; [1110] el patrón se hospeda aquí en casa de los vecinos.

PIR.— Y el patrón ¿qué tal?, ¿es buen mozo?

PA.— Anda, vete ya; bonito semental hubieras sido tú, que lo mismo te dan los machos que las hembras. Ahora, tú, a lo que estamos.

[1115] PIR.— En cuanto a esa propuesta que has hecho, quiero que seas tú el que hable con ella de eso..., porque tú te entiendes bien con ella.

PA.— ¿No es mejor que vayas tú y soluciones tú mismo tus propios asuntos? Dile que no tienes más remedio que casarte, que los parientes te lo han aconsejado y los amigos te obligan.

[1120] PIR.— ¿Crees tú?

PA.— ¡Vaya que si lo creo!

PIR.— Voy entonces a entrar. Tú, mientras, estáte aquí a la mira, para llamarme cuando salga la

otra.

PA.— Tú ocúpate de lo tuyo.

PIR.— Esto ya es cosa hecha..., y si no quiere de grado, la echaré por la fuerza.

[1125] PA.— No hagas eso; es mucho mejor que se vaya de buenas. Y dale lo que te dije, que se lleve las joyas y los vestidos que le habías dado.

PIR.— De muy buena gana.

PA.— Yo creo que te será difícil convencerla: pero éstrate, no te estés aquí

[1130] PIR.— Como quieras. (*Entra en casa.*)

PA.— (*A los espectadores.*) ¿Tenía o no tenía yo razón con lo que os dije antes del mujeriego este del militar? Ahora me haría falta que salieran Acroteleutio o su esclava o Pleusicles. ¡Bendito sea Júpiter!, la oportunidad en persona está conmigo: precisamente cuando estaba deseando verlos, [1135] los veo salir a todos aquí de casa del vecino.

ESCENA CUARTA

ACROTELEUTIO, MILFIDIPA, PALESTRIÓN, PLEUSICLES

AC.— Venid conmigo y mirad, no vaya a haber por aquí algún testigo.

MI.— Lo que es yo, no veo a nadie aparte del que venimos a buscar.

PA.— Yo también os buscaba a vosotros.

MI.— ¿Qué tal, querido arquitecto?

PA.— ¿Yo arquitecto? ¡Bah!

MI.— ¿Qué pasa?

[1140] PA.— Pues que en comparación contigo no merezco ni meter un clavo en la pared.

MI.— Vamos, ¿de verdad?

PA.— Eres mala con gracia y ¡tienes una lengua! ¡Qué bien que has sabido timar al militar!

MI.— Pues eso no ha sido nada.

PA.— Tú tranquila, nos va saliendo todo a pedir de boca. [1145] Vosotras seguid colaborando como hasta ahora; el militar ha entrado para rogar en persona a su amiga que se vaya con su hermana y su madre a Atenas.

PL.— ¡Bravo, estupendo!

PA.— Más aún: las joyas y los vestidos que le había dado se los regala todos para que se marche; así se lo he aconsejado yo.

PL.— Desde luego que no habrá problema si ella lo quiere y él lo está deseando.

[1150] PA.— ¿No sabes tú que cuando subes desde el fondo de un pozo hasta la superficie hay un peligro muy grande de que te vuelvas a caer desde lo alto al fondo? Ahora estamos nosotros en lo alto del pozo: si el militar se da cuenta de algo, habremos trabajado en vano: ahora más que nunca hay que andarse con pies de plomo.

[1155] PL.— Yo veo que materia no nos falta: tres mujeres, tú eres el cuarto, yo el quinto, Peripleptómeno el sexto. Con toda la capacidad de supercherías que tenemos entre los seis, estoy seguro de que podremos dar asalto a traición a la ciudad que sea.

PA.— A ver, atención ahora.

AC.— Para eso estamos aquí, por si querías algo.

PA.— Muy bien. A ver, tú, Acroteleutio, que te voy a designar tu campo de operaciones.

[1160] AC.— Mi general, se cumplirán tus órdenes, en lo que dependa de mis fuerzas.

PA.— Quiero que times al militar de lo lindo, con salero, a lo grande.

AC.— Te juro que esa orden es un placer para mí.

PA.— ¿Y sabes cómo?

AC.— Sí, haciendo como que me muero de amor por él.

PA.— Muy bien.

[1165] AC.— Y como que por causa de su amor voy a deshacer mi matrimonio, porque me

quiero casar con él.

PA.— Exacto. Sólo una cosa: tienes que decirle que esta casa te pertenece a ti por tu dote y que el viejo se ha ido de aquí después que os habéis divorciado, para que no tema él entrar en una casa ajena.

AC.— Tienes mucha razón.

PA.— Pero cuando él salga de su casa, quiero que tú, desde lejos, [1170] hagas como si, en comparación de su beldad, no tuvieras en nada la tuya propia y como si te encogiera su categoría, y al mismo tiempo tienes que ponderar su beldad, su simpatía, su buena facha, su guapura, ¿está claro?

AC.— Sí. ¿Te basta si te entrego mi obra tan bien terminada que no tengas reparo que ponerle?

[1175] PA.— Me basta. Ahora (*a Plesicles*) te toca a ti la vez, pon atención a mis instrucciones: inmediatamente después de que ella entre en casa, entonces te presentas en seguida tú aquí vestido de patrón de navío; tienes que ponerte una gorra parda y una visera para los ojos, ponte también un capotillo verde [1180] —que ése es el color que lleva la gente de mar— anudado en el hombro izquierdo y el brazo que te quede libre, y un cinturón de lo que sea: tiene que parecer que eres un piloto. Todas estas cosas las hay en casa de Periplectómeno, porque tiene esclavos que son pescadores.

PL.— Y luego que esté disfrazado como dices, venga, ¿qué es lo que tengo que hacer?

[1184-1185] PA.— Te presentas aquí para buscar a Filocomasio de parte de su madre, para que, si está dispuesta a irse de Atenas, vaya contigo al puerto en seguida y que mande que se lleve al barco el equipaje que quiera; le dices que, si no quiere ir, que tú te haces a la mar, porque sopla un viento favorable.

PL.— No está mal el cuadro; venga, sigue.

[1190] PA.— Él le dirá en seguida que se vaya, que se dé prisa para no hacer esperar a la madre.

PL.— Eres más listo que listo.

PA.— Yo le diré a Filocomasio que le diga al militar que le ayude yo a llevar los bultos al puerto y él me ordenará ir con ella. Y yo entonces, para que estés con ella, cojo y me marcho a Atenas contigo.

PL.— Y cuando llegues allí, no consentiré que sigas siendo esclavo ni un día más y te daré la libertad.

[1195] PA.— Hale, deprisa, ve y disfrázate.

PL.— ¿Algo más?

PA.— Que tengas presente todo lo que te he dicho.

PL.— Me marcho.

PA.— (*A Acroteleutio y Milfidipa.*) Y vosotras entrad también ahora mismo, porque él va a salir de un momento a otro de casa.

AC.— Tus órdenes son sagradas para nosotras.

PA.— Hale, marchaos, pues. (*Entran en casa de Periplectómeno.*) ¡Qué oportunidad, que ahora mismo se abre la puerta!, sale muy sonriente, se conoce que lo ha conseguido, ¡pobre infeliz, que va corriendo tras una cosa que no existe!

ESCENA QUINTA

PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

[1200] PIR.— He conseguido de Filocomasio lo que quería y como quería, en buena amistad y de común acuerdo.

PA.— ¿Y qué has hecho tanto rato ahí dentro?

PIR.— Nunca me he sentido tan amado por esta mujer como ahora.

PA.— ¿Cómo es eso?

PIR.— ¡Qué cantidad de palabras me ha hecho derrochar, qué tenacidad tan grande he tenido que vencer! Pero al fin conseguí [1205] lo que quería; le he concedido, le he regalado todo lo que quiso, todo lo que me pidió; tú también estás entre los regalos que le he hecho.

PA.— ¿Yo también?, ¿cómo voy a poder yo vivir sin ti?

PIR.— Venga, no te apures; yo te daré luego también la libertad³³. Es que yo he estado intentando a ver si podía conseguir de alguna manera que se marchase sin ti, pero nada, que se empeñó.

PA.— No me queda sino poner en los dioses y en ti todas mis esperanzas. [1210] A fin de cuentas, aunque me resulta muy duro por tener que verme privado del mejor de los amos, al menos me consuela el haberte podido arreglar, gracias a tu galanura, el asunto con la vecina esta que te he proporcionado.

PIR.— ¿Para qué más? Yo estoy dispuesto a darte la libertad y una buena suma en metálico si me lo consigues.

PA.— Ya te lo conseguiré.

PIR.— Pero es que estoy ardiendo en deseos de ello.

[1215] PA.— Modera tus ímpetus, no seas tan apasionado. Pero mira, ahí sale ella ahora de su casa.

ESCENA SEXTA

MILFIDIPA, ACROTELEUTIO, PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

[1220] MI.— (*A Acroteleutio, por lo bajo.*) Ama, mira, ahí está el militar.

AC.— ¿Dónde?

MI.— Ahí a la izquierda.

AC.— Ya lo veo

MI.— Míralo de reojo, que no se dé cuenta de que lo vemos.

AC.— Ya lo veo. Te digo que ahora es la ocasión de volvernos todavía más malas de lo que somos.

MI.— Tú tienes que empezar.

AC.— (*En voz alta.*) Dime, por favor, ¿de verdad que has hablado con él en persona? (*Por lo bajo.*) Habla fuerte, que nos oiga.

MI.— Con él en persona he hablado, te lo juro, y además con toda tranquilidad, todo el tiempo que quise, sin prisas de ninguna clase, tal como me vino en gana.

PIR.— ¿Oyes lo que dice?

PA.— Claro que lo oigo: ¡qué gozo tiene de ir a tu encuentro!

AC.— ¡Ay, qué mujer con más suerte eres!

PIR.— ¡Hay que ver qué pasión siente por mí!

PA.— Te lo mereces.

AC.— Te aseguro que me llama la atención el que, como dices, hayas podido verle y conseguir que atendiera tus súplicas; [1225] dicen que no es posible dirigirse a él sino por carta o por medio de un embajador, como si fuera un rey.

MI.— Naturalmente, pues sí que me costó el poder hablarle y que accediera a mi petición.

PA.— ¡Menuda fama tiene entre las mujeres!

PIR.— ¿Qué remedio me queda si es así la voluntad de Venus?

AC.— ¡Ay, qué agradecida le estoy a Venus y cómo le ruego y le suplico que me conceda la gracia del hombre a quien amo, [1230] al objeto de todas mis ansias!; quiera él dignarse en su bondad acceder a mis deseos.

MI.— Yo abrigo la esperanza de que así será, aunque son muchas las que lo solicitan; pero él las

³³ Texto inseguro.

rechaza, las excluye a todas menos a ti.

AC.— Pues ése es el temor que me atormenta: como es tan descontentadizo, no sea que sus ojos le hagan cambiar de opinión [1235] cuando me vea y que por ser tan refinado le induzca mi aspecto a rechazarme.

MI.— No creo, no seas tan pesimista.

PIR.— ¡Qué manera de hacerse de menos ella misma!

AC.— Me temo que lo que tú le has dicho sobrepase a mi belleza real.

MI.— Ya me he cuidado yo de que supere tu hermosura a todo lo que él se pueda figurar.

AC.— Te juro que si no me quiere tomar por esposa, [1240] me abrazaré a sus rodillas y le suplicaré; de otro modo, si no lo puedo conseguir, me daré la muerte; estoy seguro de que no me será posible vivir sin él.

PIR.— Veo que hay que impedir que se suicide, ¿me acerco a ella?

PAL.— De ninguna manera: ¿no ves que te haces de menos si eres tú el que te prodigas? [1245] Déjala más bien que venga ella de por sí; deja que te busque, que te añore, que esté a tu expectativa; ¿es que quieres perder sin más ni más esa aureola de gloria? Yo te aviso, no lo hagas de ninguna manera, que una cosa así, el ser amado por una mujer de esa forma, no le ha pasado a ningún otro mortal salvo a dos: tú y Faón de Lesbos³⁴.

AC.— ¿Entro en su casa o le llamas tú para que salga él, querida Milfidipa?

MI.— Es mejor esperar a que salga alguien de la casa.

[1250] AC.— Pero es que yo no puedo contenerme ya más sin entrar.

MI.— Está cerrada la puerta.

AC.— Pues la rompo.

MI.— Tú no estás en tu juicio.

AC.— Si es que él ha estado alguna vez enamorado o si tiene tanto talento como belleza, sabrá tener clemencia y disculparme, si es el amor el que me induce a obrar así.

PA.— Por favor, ¡cómo está la pobre de perdida por ti!

PIR.— Y yo por ella.

PA.— Calla, que no se entere.

MI.— ¿Qué haces ahí de pasmarote?, ¿por qué no llamas a la puerta?

[1255] AC.— Porque no está dentro el que busco.

MI.— ¿Cómo lo sabes?

AC.— Por el olor, porque mi nariz lo notaría si es que estuviera dentro.

PIR.— ¡Qué inspiración la de esa mujer!; como está enamorada de mí, por eso le ha concedido Venus el don de la profecía.

AC.— Aquí cerca anda por donde sea el que quiero ver, porque siento su perfume.

PIR.— Caray, ésta ve ya más con la nariz que con los ojos.

PA.— Es que está ciega de amor.

[1260] AC.— Sosténme, por favor.

MI.— ¿Para qué?

AC.— Para que no caiga al suelo.

MI.— Pero ¿qué pasa?

AC.— Que no puedo estar en pie, la vista me hace desmayarme.

MI.— Entonces, seguro que es que has visto al militar.

AC.— Así es.

MI.— Yo no le veo, ¿dónde está?

AC.— Si estuvieras enamorada, lo verías.

MI.— Te juro que no estás tú más enamorada de él que yo, ama..., si tuviera tu permiso.

PA.— Verdaderamente, nada más que echarte la vista encima quedan todas las mujeres prendadas de ti.

[1265] PIR.— No sé si te lo he dicho ya alguna vez o no: es que yo soy de la prosapia de Venus.

³⁴ Quien, según la leyenda, provocó el suicidio de Safo al no aceptar su amor.

AC.— Querida Milfidipa, ve por favor y acércate a él.

PIR.— ¡Qué temor le infundo!

PA.— Se acerca a nosotros.

MI.— Quisiera hablaros.

PIR.— Nosotros también a ti.

MI.— Tal como me encargaste, he hecho salir aquí a mi ama.

PIR.— Ya lo veo.

MI.— Dile, pues, que se acerque.

PIR.— He decidido no rechazarla como a las demás, puesto que me lo pediste.

[1270] MI.— Seguro que no puede decir ni una palabra si se acerca más a ti; mientras te estaba mirando, los ojos le paralizaron la lengua.

PIR.— Veo que no hay más remedio que aliviarle a esta mujer su mal.

MI.— ¡Qué manera de temblar y qué timidez le entró al verte!

PIR.— Eso mismo les sucede a hombres bien armados, no tienes que extrañarte de que le pase a una mujer; pero ¿qué es lo que quiere de mí?

[1275] MI.— Que vayas a su casa: quiere vivir y estar contigo toda la vida.

PIR.— ¿Yo voy a ir allí estando casada? Me echaría mano el marido.

MI.— ¡Qué va, si ha despedido a su marido por causa tuya!

PIR.— ¿Y cómo ha podido hacer una cosa así?

PA.— Pues porque la casa le pertenece por su dote.

PIR.— ¿De verdad?

MI.— De verdad, te lo juro.

PIR.— Dile que se entre en casa; ahora mismo voy yo también.

[1280] MI.— Mira que no te tardes, no la hagas sufrir más.

PIR.— No me tardaré; ¡íos.

MI.— Ya vamos. (*Entra con Acroteleutio en casa de Periplectómeno.*)

PIR.— Pero ¿qué ven mis ojos?

PA.— ¿Qué es lo que ves?

PIR.— Quien sea viene hacia acá con atuendo de marino.

PA.— Va a nuestra casa, seguro que te busca a ti, éste es el patrón del barco.

PIR.— Debe ser que viene a buscar a Filocomasio.

PA.— Seguro.

ESCENA SÉPTIMA

PLEUSICLES, PALESTRIÓN, PIRGOPOLINICES

[1285] PL.— (*Aparte.*) Si yo no supiera los disparates que cada cual a su estilo— se cometen por culpa del amor, me daría vergüenza ir así vestido por tal motivo. Pero después que es cosa sabida la serie de desmanes y maldades que cometieron muchos por estar enamorados, para no hablar de Aquiles, que consintió en ver morir a tantos de sus compatriotas...³⁵, [1290] pero ahí veo a Palestrión con el militar: tengo que cambiar de tema. (*Alzando la voz.*) Desde luego, las mujeres es que son hijas de la lentitud en persona; se puede uno imaginar cualquier clase de tardanza que dure lo mismo, pero así y todo, parece que no se le hace a uno tan larga como cuando son las mujeres las que te hacen esperar; [1295] debe ser que están ya hechas a ello. Es que yo vengo a buscar a Filocomasio; pero voy a llamar a la puerta. ¡Ah de la casa! ¿No hay nadie?

PA. ¿Qué hay, joven? ¿Qué es lo que deseas? ¿Por qué llamas a la puerta?

PL.— Busco a Filocomasio; vengo de parte de su madre. Si [1300] está dispuesta a irse, que

³⁵ Cf. *Iliada* I 1 ss.; como es sabido, Aquiles se retiró del frente troyano a causa de su enojo contra Agamenón, que se había apoderado de su esclava Briseida.

salga ya; está deteniéndonos a todos, queremos hacernos a la mar.

PIR.— Ya hace tiempo que está todo dispuesto. Anda, Palestrión, llévate unos esclavos que te ayuden a transportar al barco sus joyas, sus aderezos, los vestidos y todos los objetos de valor. Ya está todo preparado, todos mis regalos, que se los lleve.

[1305] PA.— Voy.

PL.— Tú, por favor, date prisa.

PIR.— En seguida va. Oye, tú, ¿qué es eso?, ¿qué es lo que te ha pasado en el ojo?

PL.— Demonio, yo tengo mi ojo.

PIR.— No, si yo digo el izquierdo.

PI.— Te explicaré: por culpa del amor, maldición, he perdido el ojo izquierdo; si me hubiera dejado de tanto amorío, lo tendría ahora igual que este otro. [1310] Pero ya es demasiado lo que me están deteniendo éstos.

PIR.— Mira, ya salen.

ESCENA OCTAVA

PALESTRIÓN, FILOCOMASIO, PIRGOPOLINICES, PLEUSICLES

PA.— Pero bueno, ¿cuándo vas a dejar ya de llorar?

FI.— ¿Cómo quieres que no llore?: me marchó de donde pasé la época más maravillosa de toda mi vida.

PA.— Mira, ahí está el hombre que viene de parte de tu madre y tu hermana.

FI.— Sí, ya lo veo.

PIR.— Tú, Palestrión.

PA.— ¿Qué quieres?

PIR.— ¿Por qué no haces sacar todo lo que le he dado.

[1315] PL.— Buenos días, Filocomasio.

FI.— Buenos días.

PL.— Tu madre y tu hermana me han encargado que te diera muchos saludos de su parte.

FI.— Gracias.

PL.— Te ruegan que vengas mientras que el viento nos es favorable, para que se tiendan las velas. Si no hubiera sido por los ojos de tu madre, hubieran venido las dos conmigo.

FI.— Voy... aunque a desgana; pero la piedad filial...

PL.— Lo sé; tú eres una persona razonable.

[1320] PIR.— Si no hubiera vivido conmigo, sería hoy una boba.

FI.— Pues eso es lo que me duele, el tener que separarme de un hombre así. Es que tú tienes la habilidad de hacer encantadora la vida a cualquiera que tengas a tu lado; el ser tu compañera me había hecho crecerme, y ahora veo que tengo que renunciar a ese título de gloria.

PIR.— ¡Bueno, no llores!

[1325] FI.— No puedo remediarlo cuando te veo.

PIR.— ¡Vamos, ánimo!

FI.— Yo sé bien el dolor que siento.

PA.— Pues lo que es a mí, Filocomasio, no me extraña si te encontrabas aquí a gusto, si te sujetan aquí la beldad de este hombre, su conducta, su bizarría; mira yo que no soy más que su esclavo y se me saltan las lágrimas al mirarle, de pensar que nos tenemos que separar.

FI.— Por favor, ¿me dejas abrazarte antes de irme?

PIR.— No faltaba más.

[1330] FI.— ¡Ay, mis ojos, mi vida!

PA.— (*A Pleusicles.*) Tú, por favor, sujétala, no se vaya a caer.

PIR.— Oye, ¿qué es eso?

PA.— Es que como se tiene que separar de ti, de pronto se ha sentido mal la pobre.

PIR.— Anda dentro corriendo y trae un poco de agua.

PA.— No, agua no, es mejor que repose un poco. No te metas tú de por medio, por favor, hasta que vuelva en sí.

PIR.— Oye, éstos tienen las caras demasiado juntas, no me hace gracia. ¡Quita los labios de los suyos, marinero, que te la vas a ganar!

[1335] PL.— Es que estaba viendo a ver si respiraba o no.

PIR.— Pues haber acercado la oreja.

PI.— Si lo prefieres, la suelto.

PIR.— No, sosténla.

PA.— ¡Desgraciado de mí!

PIR.— (A los esclavos en la casa.) ¡Salid y sacad todas las cosas que le he regalado a Filocomasio!

PA.— Yo te saludo de nuevo, lar familiar, antes de marcharme. Mis queridos compañeros, compañeras de esclavitud, que lo paséis bien; [1340] yo os ruego que os portéis bien los unos con los otros y también conmigo, aunque ausente.

PIR.— Vamos, Palestrión, serénate.

PA.— ¡Ay, me es imposible contener las lágrimas al separarme de ti!

PIR.— Llévalo con calma.

PA.— Bien me sé yo el dolor que siento.

FI— Pero ¿qué es esto?, ¿qué pasa, qué veo?, ¡oh mi luz, salve ***

[1345] PI.— ¿Qué hay?, ¿estás ya mejor?

FI— Por favor, ¿a quién estoy abrazando? ¡Ay de mí!, ¿es que he perdido la cabeza?

PL.— No temas, amor mío.

PIR.— A ver, ¿qué significa eso?

PA.— Es que había perdido el sentido. Estoy temblando, no vaya a descubrirse todo al final.

PIR.— ¿Todo?, ¿el qué?

PA.— No, el llevar ahora todos estos bultos detrás de nosotros por la ciudad, [1350] no vaya a ser que la gente hable de ti.

PIR.— Yo he dado lo que era mío y no lo de nadie. Me trae sin cuidado lo que digan; hale, íos ya con el favor de los dioses.

PA.— No, si yo lo digo por ti.

PIR.— Ya lo sé.

PA.— Ahora, adiós.

PIR.— Adiós, Palestrión.

PA.— Id vosotros por delante, yo os alcanzo luego; quiero hablar unas palabras con el amo. (Se van del lado del puerto.) Aunque es verdad que has tenido tú siempre otros esclavos de más confianza que yo, [1355] a pesar de eso quiero darte las gracias por todo, y, si tú lo hubieras querido, hubiera preferido mil veces servirte a ti que ser liberto con otro.

PIR.— Vamos, consuélate.

PA.— ¡Ay pobre de mí, cuando pienso que tengo que cambiar de costumbres, aprender los hábitos femeniles y olvidarme de los guerreros!

[1360] PIR.— Procura salir con bien de ello.

PA.— Me será imposible, no tengo ya gusto para nada.

PIR.— Anda, síguelos, no les hagas esperar.

PA.— Adiós.

PIR.— Adiós, que te vaya bien.

PA.— No te olvides de mí; si acaso soy un día libre (yo te daré noticia), sigue prestándome tu ayuda.

PIR.— No es otra mi condición.

[1365] PA.— Piensa siempre lo fiel que te he sido. Si así lo haces, sabrás entonces al fin quién es el que se porta bien contigo y quién es el que se porta mal.

PIR.— Lo sé, y buena cuenta que me he dado de ello muchas veces.

PA.— Pero sobre todo hoy vas a darte cuenta de ello; más aún, ya verás cómo podrás decir que

ha sido hoy cuando te he dado verdaderas pruebas de ello.

PIR.— Casi no puedo contenerme de decirte que te quedas aquí.

PA.— Huy, eso de ninguna manera, dirán entonces que eres un embustero y un traidor, [1370] dirían que es que no tenías ningún otro esclavo fiel aparte de mí; palabra, si creyera que lo podías hacer sin faltar a tu honor, te lo aconsejaría. Pero es imposible, no lo hagas de ninguna manera.

PIR.— Hala, márchate ya.

PA.— Me conformaré, sea lo que sea.

PIR.— Adiós, pues.

PA.— Más vale que me dé prisa...

PIR.— Otra vez adiós. (*Se va.*) Yo que le había tenido siempre por un esclavo malo de verdad y ahora me doy cuenta de su fidelidad; si bien lo pienso, hice una tontería con quedarme sin él. Ahora voy en busca de mis amores. Pero ya oigo, ya ha sonado ahí la puerta.

ESCENA NOVENA

UN JOVEN ESCIAVO, PIRGOPOLINICES

ES.— (*Hablando con los de dentro de la casa.*) Basta ya de admoniciones, que yo me sé bien lo que tengo que hacer, yo daré con él esté donde esté. [1380] Ya andaré yo los pasos, cueste lo que me cueste.

PIR.— A mí me busca ése; voy a su encuentro.

ES.— ¡Eh, tú eres el que busco, salud, el más encantador y el más oportuno de todos los mortales, ojito derecho de dos dioses!

PIR.— ¿De dos?, ¿de cuáles?

ES.— Marte y Venus.

[1385] PIR.— ¡Qué chico más avisado!

ES.— Mi ama te ruega que pases, tú solo eres el objeto de sus deseos, de sus anhelos, de sus ansias: ven y consuella a tu amante. ¿Por qué te detienes?, ¿por qué no pasas?

PIR.— Voy. (*Entra.*)

ES.— Él mismo se ha quedado prendido en las redes; dentro está preparada la emboscada. Al acecho le espera el viejo para lanzarse sobre ese seductor, ese sinvergüenza: [1390] está tan engreído con su guapura, que se cree que se enamoran de él todas las mujeres que le ven, y la verdad es que todos le aborrecen, lo mismo ellas que ellos. Ahora, hale, ¡al barullo! Ya se oye el griterío ahí dentro.

ACTO V

ESCENA ÚNICA

PERIPLECTÓMENO, PIRGOPOLINICES, CARIÓN, VERDUGOS, ESCÉLEDRO

PE.—Llevároslo; si se niega a seguimos, cogedlo en volandas [1395] y sacadlo fuera y lo colgáis despatarrado entre cielo y tierra.

PIR.— ¡Periplectómeno, yo te suplico!

PE.— ¡Me suplicas en vano! Carión, mira que esté bien afilado el cuchillo.

CA.— ¡Si ya hace qué sé yo que está deseando cortarle al sinvergüenza éste esa tripa para colgársela al cuello como un sonajero a los chiquillos!

[1400] PIR.— Muerto soy.

PE.— Todavía no, no te anticipes.

CA.— ¿Me lanzo ya al ataque?

PE.— No, primero una paliza.

CA.— ¡Y que no va a ser chica!

[1401] ***

PE.— Sinvergüenza, ¿cómo te has atrevido a echar mano a la mujer de otro?

PIR.— Te juro que ha sido ella la que me ha solicitado.

PE.— Miente, arréale.

PIR.— Espera que acabe de contártelo.

PE.— (A los esclavos.) ¿Por qué os paráis?

PIR.— ¿No se me permite hablar?

[1405] PE.— Venga, habla.

PIR.— Se me ha rogado que fuera a su casa.

PE.— ¿Y por qué has tenido el atrevimiento de ir? ¡Toma!

PIR.— ¡Ay, ay, basta ya de palos, por favor!

CA.— ¿Cuándo corto?

PE.— ¡Cuando quieras! ¡Estiradlo y desgarradlo!

PIR.— Yo te suplico que me escuches antes de que corte.

PE.— ¡Habla!

PIE.— Yo no he obrado a tontas y a locas; yo creía que era divorciada, [1410] y así me lo decía la esclava que hacía de tercera.

PE.— ¡Jura que no harás daño a nadie por los palos recibidos o por los que recibirás, si es que te dejamos escapar con vida, tú, el nieto de Venus!

PIR.— Juro por Júpiter y por Marte que no haré daño a nadie por los palos recibidos [1415] y además reconozco que me los tengo bien merecidos; y si salgo de aquí entero, no habrá sido castigada con exceso mi culpa.

PE.— ¿Y si no cumples tu juramento?

PIR.— Entonces pásame la vida sin testi... sin poder actuar de testigo.

CA. Que se le dé otra ración de palos y luego dejadlo ir.

PIR.— Los dioses te lo paguen por haber salido en mi defensa.

[1420] CA.— ¡Venga entonces una moneda de oro!

PIR.— ¿A cuento de qué?

CA.— A cuento de que te dejemos ir sin daño de salva sea la parte, tú, el nieto de la señora Venus; de otra forma no escaparás de aquí, no te hagas ilusiones.

PIR.— Concedido.

CA.— Ahora te pones en razón. La túnica y la capa, puedes perder las esperanzas, ésas no te las llevas.

VE.— ¿Le doy otra vez, o te ablandas y le sueltas? (A *Periplectómeno*.)

[1425] PIR.— Yo sí que estoy ya más blando³⁶ que unos zorros a fuerza de palos, por favor.

PE.— ¡Soltadlo!

PIR.— Gracias.

PE.— Si te vuelvo a pescar otra vez aquí, no nos quedamos a medias como hoy.

PIR.— No tengo nada en contra.

PE.— Vamos dentro, Cañón.

PIR.— Ah, aquí están mis esclavos. Tú, Escéledro, ¿se ha ido ya Filocomasio?

ES.— Ya hace mucho.

PIR.— ¡Ay de mí!

[1430] ES.— Más lo dirías si supieras lo que yo sé. Aquel del parche en el ojo no era un marinero.

PIR.— Pues ¿quién era entonces?

ES.— El amigo de Filocomasio.

PIR.— ¿Cómo lo sabes?

³⁶ Se intenta reflejar en el texto español el juego de palabras del texto latino entre mutis y mitis.

ES.— Sabiéndolo; porque en cuanto que salieron de la puerta de la ciudad, se pusieron en seguida a besarse y a abrazarse.

[1435] PIR.— ¡ Ay, desgraciado de mí! El malvado de Palestrión ha sido el que me ha hecho caer en esta trampa. Pero reconozco que me lo tengo merecido; si les fuera igual al resto de los seductores de mujeres casadas no abundarían tanto, tendrían un poco más de prudencia y no se dedicarían tanto a semejantes asuntos. Vamos a casa. Distinguido público, ¡un aplauso!